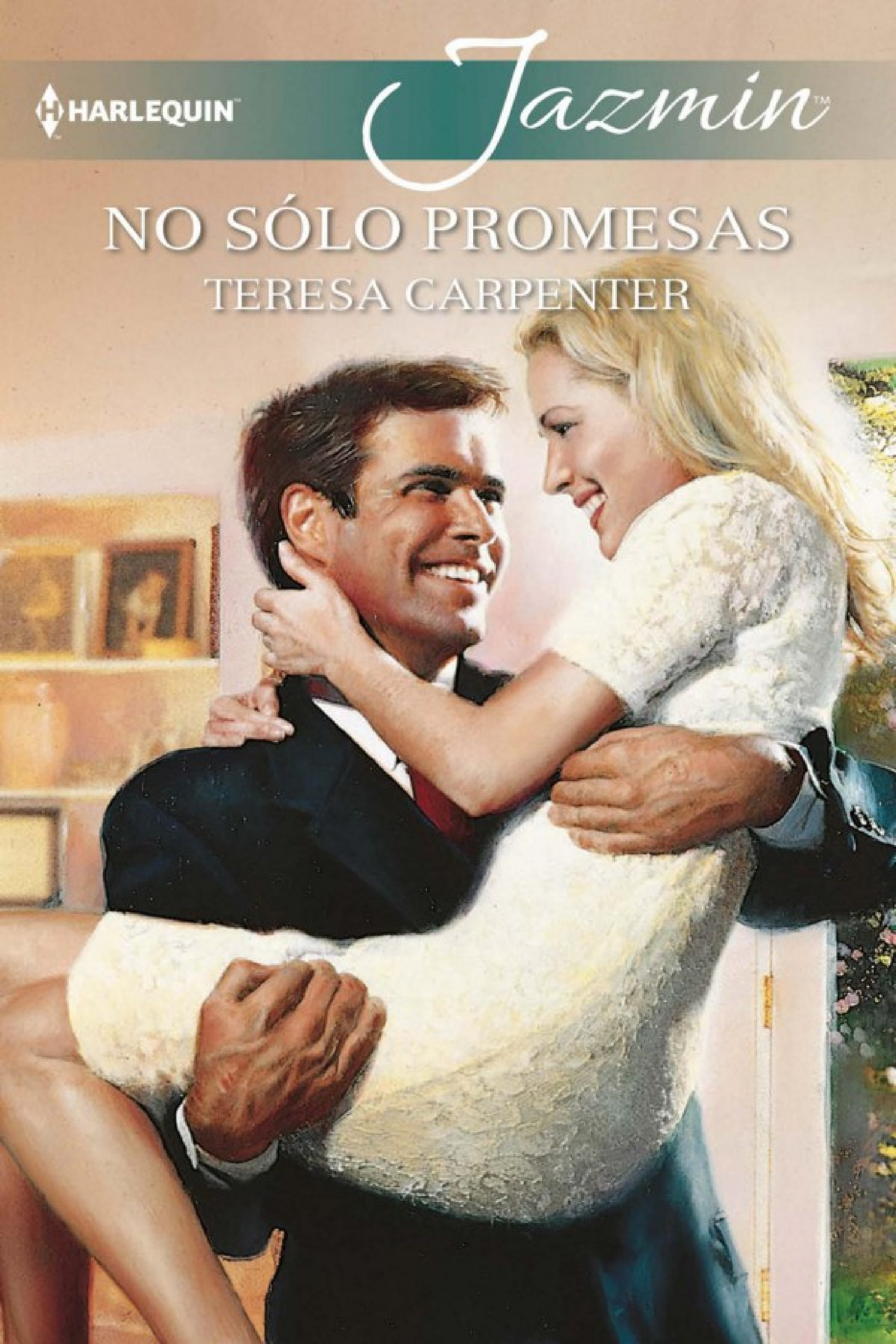

HARLEQUIN
Jazmin
NO SÓLO PROMESAS
TERESA CARPENTER

No Sólo Promesas

Teresa Carpenter

1° Serie Los Hermanos Sullivan



No sólo promesas (2004)
Título Original: Daddy's little memento (2004)
Serie: 1° Los Hermanos Sullivan
Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 1896
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alex Sullivan y Samantha Dell

Argumento:

A ella no le bastaba una promesa… quería amor verdadero.

El director de instituto Alex Sullivan tenía muy claro que la nueva enfermera de la escuela estaba completamente fuera de su alcance. Pero cuando la bella rubia se presentó en su casa con aquel bebé empeñada en demostrar que él era el padre, Alex supo que tenía un problema.

Después de la muerte de su hermana, Samantha Dell se había encargado de criar a su sobrino como si fuera su propio hijo. Y aunque el pequeño necesitaba un padre, ella no había esperado que Alex quisiera serlo a tiempo completo… y menos que también quisiera casarse con ella.

Prólogo

Querida Samantha:

Si estás leyendo esta carta es porque yo ya no estoy.

Y ahora sólo quedáis Gabe y tú. Espero que os consoléis el uno al otro como me habéis consolado a mí cuando más os necesitaba.

¡Cómo he envidiado siempre tu carácter y tu determinación…! Yo he sido débil, siempre fui débil. Y sí, he cometido muchos errores.

Tenías razón. Debería haber hablado con el padre de Gabe. Pero él no ha podido echar de menos a un niño al que no conocía y yo necesitaba tanto a Gabe…

Es lo único que he hecho bien en mi vida. Es mi alma y mi corazón. No podía abandonarlo.

Pero voy a decirte la verdad: el padre de Gabe es Alexander Sullivan, de Paradise Pines, California.

No tengo más pruebas que la seguridad de una madre. Él tomó precauciones, pero… está claro que Gabe quería venir al mundo. Y siempre le estaré agradecida por haberme dado a mi hijo.

Descansaré tranquila sabiendo que tú siempre estarás ahí para Gabe.

Con todo mi cariño,

Sarah.

Capítulo 1

Alex Sullivan era un hombre al que no le gustaban las sorpresas. Él creía en las reglas. Siendo el mayor de seis chicos, había aprendido muy pronto que las reglas crean control en medio del caos. Y siendo el director del instituto de Paradise Pines, sabía que el control marcaba la diferencia entre el orden y la anarquía.

De modo que cuando abrió la puerta de su casa un domingo por la mañana y se encontró a la nueva enfermera del instituto, Samantha Dell, con un niño en brazos, supo que había un problema.

—Buenos días, Alex.

—Hola, Samantha —la saludó él, intentando disimular el escalofrío de deseo que sentía cada vez que miraba aquellos brillantes ojos verdes.

Alex tenía por norma no salir jamás con una colega. Aunque, en realidad, Samantha no era una colega. Ni siquiera trabajaba para él. Pero como enfermera del distrito, iba al instituto dos veces por semana, de modo que era intocable.

Y si eso no fuera suficiente, lo sería el niño de mejillas regordetas que tenía en los brazos.

Alex estudió al niño de pelo oscuro y ojos azules, preguntándose qué habría llevado allí a aquella pareja un frío domingo por la mañana.

—Tengo que hablar contigo —dijo Samantha entonces, sin poder disimular cierto nerviosismo—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Alex, aún sudoroso después de su carrera matinal, miró su camiseta y sus pantalones cortos. No iba vestido precisamente para recibir a nadie. El domingo era el único día que se permitía ciertos excesos: se levantaba una hora más tarde, tomaba dos tazas de café mientras leía el periódico y corría una hora más de lo habitual. Los domingos cenaba en casa de su abuela y entre el periódico y la cena

se ocupaba un poco de todo y de nada, según le apeteciera.

Alguna vez se sentía solo, pero en general agradecía la paz y tranquilidad de su ordenada vida.

Y la expresión de Samantha le advertía que esa paz estaba a punto de ser destruida.

—Entra —murmuró, dando un paso atrás. La había visto alguna vez con el niño, que no podía tener más de un año, pero siempre de lejos—. ¿Es tu hijo?

En la entrada, Samantha se volvió para mirarlo.

—No, es tuyo.

Alex la miró, incrédulo. Tenía que haber oído mal. O era una broma, claro.

—¿Cómo has dicho?

—Que es tuyo. Tú eres su padre —dijo Samantha.

—Eso no es posible —replicó él, nervioso—. Tú y yo nos conocimos hace cuatro meses…

—Yo no soy su madre, pero tú sí eres su padre —suspiró ella entonces, con los ojos llenos de compasión—. Sé que esto es una sorpresa para ti…

—¿Sorpresa? Un susto de muerte querrás decir.

Samantha estaba muy seria. De modo que aquello no era una broma…

Alex levantó los hombros y se irguió como dispuesto a la lucha. Tenía la impresión de que su vida estaba siendo amenazada…

Pero cuando Samantha reaccionó a su agresiva actitud dando un paso atrás, Alex dejó escapar un suspiro.

—Perdona. Será mejor que vayamos al salón —murmuró, haciéndole un gesto con la mano.

Ella se dejó caer sobre un sofá de cuero negro y acarició cariñosamente el pelo del niño, que se había metido el puñito en la boca.

Alex se sentó en el sillón más alejado del sofá.

Hacía solamente cuatro meses que se conocían, pero Samantha Dell siempre le había parecido una mujer bastante inteligente y sensata. Y un poco distante. Seguramente porque, como a él, no le gustaba mezclar el trabajo con el placer.

Pero mirando al niño de camiseta roja, diminuto peto vaquero y aún más diminutas zapatillas de deporte, empezó a preguntarse…

Cuando miraba aquellos ojitos azules sólo veía una carga, una responsabilidad.

Siendo el mayor de una familia de seis hermanos, Alex había tenido que ayudar a su madre con los cinco pequeños siendo él mismo un crío. Tenía catorce años cuando sus padres murieron en un terremoto en Sudamérica y, de repente, se vio solo con un montón de niños. Sus padres, supuestamente, debían haber ido a comprar joyas para la empresa familiar, la joyería Sullivan's, pero en cambio estaban en una excavación arqueológica. Habían pagado un alto precio por «jugar» cuando deberían estar trabajando, pensaba Alex. Pero los que más sufrieron fueron él y sus hermanos.

Y, tantos años después, la muerte de sus padres seguía produciéndole una mezcla de pena y resentimiento.

Menos mal que tenían a su abuela, que los acogió en su casa y trabajó como una loca para sacar a la familia adelante.

Él quería a sus hermanos. Y le gustaban los crios, por eso era director de un instituto, pero la idea de volver a casa y encontrársela llena de niños… No, eso no era lo suyo.

Aunque ni por un segundo creía que aquel crío fuera hijo suyo.

—¿Quién es ese niño, Samantha?

—Se llama Gabe y tiene once meses —contestó mirándolo a los ojos—. Es mi sobrino. Y tu hijo.

Alex se levantó, pasándose una mano por el pelo.

—Yo no tengo hijos. Por elección.

—Puede que no quisieras, pero así es. Según la carta de mi hermana, os conocisteis durante unas vacaciones en el Caribe el verano pasado.

Samantha mencionó entonces el nombre del hotel en la isla de St. Thomas donde él había pasado las vacaciones y un escalofrío premonitorio recorrió su espalda.

Muy bien, sabía el nombre del hotel, pero eso no significaba que el niño fuera suyo, se dijo.

—¿Cómo se llama tu hermana? ¿Por qué no me lo ha contado ella misma?

—Se llamaba Sarah Travis. Éramos hermanastras. Y murió en un accidente de tráfico hace seis meses.

Sarah.

Alex recordó entonces a la chica de ojos verdes, melenita

rizada… y recordó la habitación del hotel aquellas noches de luna llena.

Ella había sido lo que necesitaba en el peor momento de su vida.

—Me acuerdo de tu hermana. Y siento mucho que haya muerto, pero te equivocas sobre el niño. No es mi hijo.

—Atito, atito… —murmuró Gabe entonces, señalando una figurita de mármol.

—Un pajarito —sonrió Samantha, besando el dedo del niño. Gabe se reía mientras ella le hacía cosquillas en la barriguita… Estaba claro el cariño que sentía por él.

—Mi hermana era un espíritu libre, pero no mentía nunca. De hecho, se negó a revelar la identidad del padre de Gabe hasta que murió. Me enteré por una carta.

—Mira, no quiero faltarle al respeto a tu hermana, pero… —empezó a decir Alex, paseando por el salón—. Sólo estuvimos juntos dos noches y… yo usé protección. Siempre uso protección.

Samantha levantó una ceja.

—Eres director de un instituto, Alex. Y sabes tan bien como yo que los métodos anticonceptivos fallan. Los condones se pueden romper… Y lo siento, pero eres el padre de Gabe.

Él se frotó la sien derecha, confuso. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Llevas cuatro meses en el instituto. ¿Por qué no me lo has dicho antes? De hecho, ¿por qué no me lo dijo tu hermana cuando se enteró de que estaba embarazada?

Avergonzada, Samantha agachó la cabeza y empezó a arreglar la ropita del niño. Pero Gabe soportó el arreglo durante unos veinte segundos antes de empezar a dar patadas. En la lucha, enganchó la manita en el escote del jersey de Samantha y tiró hacia abajo…

Alex tuvo que contener al aliento al ver el sujetador de encaje blanco y la piel, más blanca, debajo. Afortunada o desafortunadamente, Samantha se tapó enseguida.

Intentaba calmar la pataleta de Gabe, pero el niño quería que lo dejase en el suelo.

Por un momento, los ojos de Alex conectaron con los ojitos azules del niño. ¿Azul Sullivan? Su determinación, desde luego, era la de su familia.

—Déjalo en el suelo —sugirió.

Samantha miró la mesa de cristal, las estanterías llenas de libros y el mueble metálico del estéreo.

—No creo que sea buena idea.

—¿Sabe andar?

—Aún no, pero cada día está más valiente.

—Déjalo en el suelo. No creo que se haga daño.

Samantha dejó al niño sobre la alfombra y le dio una pelota de goma para jugar.

—Debes saber que mi familia es muy pequeña —dijo entonces —. Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años, mi madre cuando tenía diecinueve. El padre de Sarah nos dejó cuando ella nació… En fin, a mi madre no le gustaba estar sola, así que hubo varios hombres en su vida, pero no se quedaron mucho tiempo. Sarah tenía doce años cuando nuestra madre murió, dejándola a mi cargo. Yo hice lo que estaba en mi mano, pero entre la facultad y el trabajo, no pude cuidar de ella como hubiese querido… Cuando te conoció, Sarah necesitaba que la necesitasen. Y decidió que un niño llenaría ese espacio vacío en su vida.

Alex no sabía cómo responder a tan reveladora confesión porque, a pesar de las tristes circunstancias de la vida de Sarah, seguía sin entender la razón por la que no le había dicho que iba a tener un hijo suyo.

—Eso no explica…

—Lo sé. Y lo siento, pero mi hermana no pensaba decírtelo. Yo creo que fue a esa isla con la intención de quedarse embarazada… —Samantha se interrumpió un momento para aclararse la garganta —. Pero no quería hacerte responsable.

La sorpresa dejó a Alex helado. Helado y furioso. «Otra vez no», pensó. «Otra vez no».

Sentía como si le hubieran robado una parte esencial de sí mismo.

Como no decía nada, Samantha contestó a la segunda parte de la pregunta.

—Quizá debería habértelo contado antes, pero tardé algún tiempo en instalarme en Paradise Pines. Además, antes de decírtelo quería conocerte un poco.

—¿Estás diciendo que debía pasar una especie de prueba? —exclamó él, furioso.

Samantha se encogió de hombros.

—Cuando supe que mi hermana estaba embarazada, le dije que debía informar al padre del niño, pero ella se resistió hasta el final. Pero cuando murió y tuve que hacerme cargo de Gabe, decidí que era mi obligación contártelo. Ahora Gabe es mi responsabilidad y su bienestar mi única preocupación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alex, intentando calmarse. No podía enfadarse con ella por no haberle dicho que era el padre de Gabe cuando, para empezar, él seguía negándose a creer que era hijo suyo.

—Creo que no tener padre es mejor que tener un padre abusivo.

Él dejó escapar un suspiro.

—Estoy de acuerdo contigo. Lo que me molesta es que hayas tardado cuatro meses en decidir que yo no sería un padre abusivo.

—No tardé cuatro meses en darme cuenta de eso… ¡Gabe, no!

El niño se había metido bajo la mesita de café y estaba dándole golpes al cristal.

—No pasa nada.

—Sí, ya, bueno… Tengo que irme. Gabe está muy inquieto.

Alex la miró, incrédulo, mientras tomaba al niño en brazos y se dirigía a la puerta.

—Espera. ¿Para qué has venido? ¿Qué es lo que quieres?

—He venido a decirte que Gabe es tu hijo y que espero que quieras ser parte de su vida. Lo que pase a partir de ahora es cosa tuya —suspiró Samantha—. Adiós.

Él se quedó mirándola desde el porche, sin saber qué hacer.

El niño tuvo la última palabra. Lo miró por encima del hombro de su tía con aquellos solemnes ojos azules tan parecidos a los suyos y dijo:

—Adiós.

—Bueno, no ha ido tan mal como esperaba —suspiró Samantha, apretando al niño contra su corazón—. Ya me imaginaba que se quedaría de piedra. Pero no ha negado conocer a tu madre y no nos ha echado a patadas de su casa. Ya es algo.

—Mamá —murmuró Gabe, dándole un golpecito en la cara.

Mamá. A Samantha se le encogía el corazón cada vez que el niño la llamaba así. Se sentía como una traidora, como si le estuviera robando el sitio a su hermana.

Hacía todo lo posible para que Gabe recordase a Sarah, pero era demasiado pequeño como para explicarle que ella no era su mamá.

—Debería haberle hablado antes de ti, pero teníamos que pasar algún tiempo juntos, ¿verdad, cariño? —murmuró, mientras sacaba las llaves del coche—. Venga, adentro —dijo, abriendo la puerta del Taurus y colocando a Gabe en su sillita.

Después de ponerle el cinturón de seguridad y darle su jirafa de peluche, Samantha se colocó tras el volante.

—Le daremos algún tiempo, a ver qué pasa. Alex Sullivan es un hombre decente. Sé que le importa mucho su familia y es muy cariñoso con los niños del instituto, así que… además, ¿quién podría resistirse a esos ojos azules? —Gabe soltó una risita cuando Samantha le dio un pellizco en la nariz—. Hemos hecho lo que teníamos que hacer. El resto depende de él. Criar a tu madre me costó muchísimo y no me enorgullece decir que necesité ayuda.

—Mamá.

Samantha suspiró.

—Espero que Alex entre en razón. Yo no me acuerdo muy bien, pero creo que tener un papá es lo mejor del mundo.

La gran pena de Samantha era no recordar mejor a su padre. Se acordaba de sus besos, de la sensación de seguridad, de cariño… Era lógico que su madre lo hubiera echado tanto de menos.

—Samantha.

Sorprendida, se volvió y vio a Alex al lado del coche. Parecía más grande que nunca, con sus anchos hombros recortados contra el cielo gris de la mañana. Sus facciones estaban en sombra, escondiendo su expresión, pero parecía despeinado, como si se hubiera pasado la mano por el pelo varias veces.

¿La habría oído hablar con Gabe?

—Quiero que nos hagamos una prueba de ADN.

—Muy bien.

—Iré a buscaros mañana para ir al hospital —afirmó él.

A Samantha no le hizo gracia el tono autoritario, pero no protestó. Que pidiese una prueba de ADN demostraba que estaba dispuesto a aceptar su responsabilidad si se comprobaba que era el padre del niño.

También podría ser una forma de quitarse un peso de encima, pero prefería ser positiva.

En realidad, era más de lo que había esperado. Además, Gabe y ella no tenían nada que perder.

—¿A qué hora?

—A las diez. ¿Me das tu dirección?

Samantha miró a Alex, que estaba en una esquina con los brazos cruzados, intentando aparentar una tranquilidad que no sentía. Su palidez y los golpecitos que daba en el suelo con el pie lo traicionaban.

De tal palo, tal astilla. Gabe parecía incapaz de estarse quieto mientras esperaban al médico.

—¿Te encuentras bien, Alex? —le preguntó.

Él levantó una ceja.

—Claro que estoy bien.

—No tenemos que hacerlo si no quieres. Puedes aceptar mi palabra de que Gabe es tu hijo…

—No, es mejor asegurarse.

—Mamá —murmuró Gabe, intentando que lo dejara en el suelo.

—No, tienes que quedarte aquí. El médico llegará enseguida. ¿Verdad? —preguntó Samantha, insegura.

—Claro. Llegará enseguida.

Había dicho lo mismo veinte minutos antes. Si hubiera permitido que le hicieran la prueba en cualquier hospital… Pero no, tenía que esperar a su amigo el médico. No confiaba en nadie más.

Muy bien. Como el futuro de Gabe estaba en sus manos, Samantha aceptó sus condiciones.

Pero estaba impaciente. Aun comprendiendo su deseo de saber, era difícil mantener la calma con Gabe llorando y protestando para que lo dejara en el suelo.

—Mira el barquito, cariño —le dijo, señalando la foto de un barco en la pared—. ¿Ves el barco? Es muy bonito.

Gabe se quedó quieto.

—Baco.

—Eso, un barco —sonrió Samantha—. Ya has aprendido una palabra nueva —añadió, dándole un beso—. Buen chico. Dentro de nada, podremos ir a la playa como te he prometido y te enseñaré los barcos de verdad.

—Yo tengo un barco —las palabras habían llegado de la esquina donde estaba Alex.

Ella lo miró, sorprendida. ¿Lo decía por decir o era una invitación?

—«Barco» es una palabra nueva para él.

—Ah.

La puerta de la consulta se abrió entonces y apareció el médico, un hombre alto de pelo blanco. Alex presentó a su amigo como el doctor Douglas Wilcox, que se disculpó por haberlos hecho esperar.

Samantha sujetó a Gabe sobre la camilla, pero el niño se negaba a abrir la boca para que tomaran una prueba de saliva. Afortunadamente, el doctor Wilcox conocía su oficio y le tapó una peca del brazo con una tirita de Superman.

Mientras el niño inspeccionaba la tirita, el doctor Wilcox consiguió su muestra y le pidió a Alex que tomara asiento.

—No tengo que preguntar si estás nervioso. Un cadáver tendría más color que tú.

—Ja, ja. Pensé que esto se hacía con un análisis de sangre —murmuró él, fulminando a su amigo con la mirada. Doug sabía cuánto odiaba ir al médico.

Alex suponía que era por la cantidad de veces que tuvo que llevar a sus hermanos. Y el posible resultado de la prueba de ADN tampoco ayudaba a calmar sus nervios.

—¿No te lo había dicho? Las pruebas de ADN se hacen con una muestra de saliva, de tejido corporal… incluso con un pelo. No hacen falta agujas —sonrió Doug, guiñándole un ojo a Samantha. Un gesto completamente innecesario, en opinión de Alex.

—Bueno, vamos a terminar con esto de una vez.

—Di «aaaaahhh».

—¿Qué?

—Que abras la boca, hombre.

Alex obedeció, mirando a Samantha de reojo. Después de conseguir la muestra de saliva, el doctor Wilcox la metió en dos tubos de plástico. Dos. Porque Samantha iba a hacer las pruebas en otro hospital. De ese modo no habría duda sobre el resultado.

Cuando por fin terminaron, Alex dio las gracias al cielo. Pero Samantha le puso al niño en brazos.

—Cuídalo un momento, por favor. Tengo que ir al lavabo.

—Espera… —su protesta no sirvió de nada porque ella ya había desaparecido. Alex sujetó a Gabe por la cintura, con las piernecitas colgando—. ¿No podía llevárselo?

Doug soltó una risita.

—Cuando uno tiene que ir al lavabo, lo mejor es llevar el menor equipaje posible.

—Hoy te hace gracia todo, ¿eh?

—No, hombre, todo no —sonrió su amigo—. Un niño muy guapo, ¿verdad? Se parece a ti.

—Oye…

—Tiene tus mismos ojos. Y también la misma barbilla.

Alex miró a Gabe de arriba abajo. Al niño parecía gustarle el juego y movía las piernecitas, riendo. Entonces alargó la mano y le tiró del pelo.

—Mamá.

—Yo no veo el parecido… tiene los ojos azules, ¿y qué? Casi todos los niños pequeños tienen los ojos azules.

—A esa edad, ya no —replicó Doug.

—Pero es muy normal. Como el color del pelo —insistió Alex.

—Tiene la nariz de su madre.

—Samantha es su tía, no su madre.

—Lo sé, me lo habías dicho. Pero tiene su misma nariz, o sea que debe de ser la misma nariz de su madre. La genética es así.

—No me estás ayudando nada —suspiró Alex. Aunque debía admitir que la naricilla de Gabe le recordaba a la de Samantha.

—Samantha es una chica muy guapa —dijo Doug entonces. Con demasiado interés, en opinión de Alex.

—Ni lo sueñes.

Aparentando inocencia, Doug se cruzó de brazos.

—¿Por qué? ¿Porque tú la viste antes?

—Sí.

Aunque no pensaba hacer nada, claro. La situación ya era suficientemente complicada como para añadir otro factor a la ecuación.

Alex se sentó al niño sobre una pierna. Ahora, en lugar de dar patadas, Gabe empezó a dar saltitos.

—Un niño muy fuerte.

—Parece feliz. Y sano —sonrió Doug, acariciando su pelo. Gabe

volvió la cabeza y, al ver al médico, puso cara de horror.

—¡Malo!

Alex y Doug soltaron una carcajada.

—No le gustas. Y es lógico. Es el hombre de las agujas, ¿eh? —sonrió Alex, acariciando la cabeza del pequeño.

Entendía bien la reacción del niño. Pero cuando Gabe apoyó la cabeza en su pecho, sintió que se le encogía el estómago. Mejor el estómago que el corazón, se dijo.

No quería tener nada en común con aquel niño. Ni el pelo castaño, ni los ojos azules, ni el miedo a los médicos.

La idea de hacerse una prueba de ADN era precisamente para probar que no era su hijo. Entonces no tendría nada más que ver con él. Ni con su guapa tía Samantha.

Su vida volvería a ser ordenada, como a él le gustaba.

Y esperaba no recibir más sorpresas.

Paz. Eso era lo que quería.

¿O no?

Capítulo 2

Los zuecos de Samantha apenas hacían ruido sobre el suelo del solitario pasillo del instituto. Alex había enviado una nota pidiendo verla en su despacho después de las horas de clase.

No como director del instituto, seguro, sino como posible padre de Gabe.

Samantha sentía mariposas en el estómago. En las dos semanas desde que le dijo que era el padre del niño apenas habían intercambiado un par de frases. Esperar el resultado de la prueba de ADN hacía que los dos estuvieran tensos.

Quizá debería haberle hablado antes de Gabe…

En su defensa debía decir que ser madre soltera no era fácil. Quien dijera que lo era, mentía. No lo fue cuando tuvo que cuidar de Sarah y aquella vez no era diferente. Aunque era mucho mayor, treinta y un años en lugar de diecinueve.

Y aquella vez esperaba no tener que hacerlo sola.

Antes de llamar a la puerta del despacho, Samantha se llevó una mano al corazón.

—Pasa —oyó la voz de Alex. Una voz ronca, muy masculina.

Una voz que alteraba sus hormonas.

Samantha abrió la puerta y la cerró sin mirarlo, porque cada vez que sus ojos se encontraban sentía un escalofrío.

Él estaba detrás de un enorme escritorio de caoba, su cabeza oscura inclinada sobre un montón de papeles. George Washington los miraba desde su retrato en la pared. La bandera americana estaba, como era habitual, colocada en una esquina.

Alex tenía remangada la camisa y se había aflojado la corbata. Sus hombros casi tapaban el respaldo del sillón y sus antebrazos, cubiertos de vello oscuro, rozaban los documentos que estaba estudiando.

Incluso así la dejaba sin aliento.

Y por eso, que no la mirase siquiera empezaba a sacarla de quicio. Al fin y al cabo, había sido él quien la había llamado.

—Alex —dijo Samantha, sentándose en una silla frente al escritorio—. ¿Querías verme?

—Ah, sí. Perdona, es que quiero terminar esto… —murmuró él, firmando un papel antes de levantar la mirada.

Y, de inmediato, el corazón de Samantha se aceleró. Sabía que también él sentía cierta atracción porque cada vez que la miraba el deseo brillaba en sus ojos azules.

Desgraciadamente, saberlo no cambiaba nada porque ellos no podían mantener una relación. Sería una locura.

Qué mala suerte.

Alex se pasó una mano por el pelo. El cansancio que había en aquel gesto la sorprendió. Normalmente era un hombre muy activo, lleno de vida.

Viéndolo así le daban ganas de consolarlo. Pero en lugar de hacerlo, juntó ambas manos sobre el regazo. Mejor guardarse el deseo de consolarlo para sí misma.

—¿Un día difícil?

Él se encogió de hombros.

—Como siempre —suspiró, tirando el bolígrafo sobre la mesa—. ¿Sabes que la gente ha empezado a murmurar sobre Gabe? Hoy me han llamado de la Asociación de Padres.

—Ah. ¿Y crees que eso es malo para ti?

Esperaba que dijese que no. Pero aunque San Diego estaba a sólo veinte kilómetros, Paradise Pines era un pueblo pequeño, con

los valores y los cotilleos de un pueblo pequeño.

Como director del instituto y la mayor influencia en la vida de los niños de Paradise Pines, la noticia de que tenía un hijo ilegítimo seguramente turbaba a los vecinos.

Pero, por primera vez desde que entró en su despacho, Alex sonrió.

—Paradise Pines no es tan provinciano. Al menos, eso espero —dijo, levantándose—. Pero lo sabremos pronto. Por eso te he llamado, para decirte que ya he recibido el resultado de la prueba.

—¿De verdad? —el corazón de Samantha latía a mil por hora—. En mi laboratorio me han dicho que tardarían de cuatro a seis semanas.

Su hermana estaba convencida de que Alex era el padre de Gabe, pero… ¿y si estaba equivocada? Eso sólo podría confirmarlo el resultado de la prueba de ADN.

—¿Y?

—Gabe es mi hijo.

Samantha contuvo un gemido de emoción. Por fin. Ahora todo estaba claro. Intentó entonces descifrar la reacción de Alex, pero su expresión era tan hermética que le resultó imposible.

Él se apoyó en el escritorio, de brazos cruzados.

—Voy a solicitar la custodia de Gabe, Samantha. He contratado a un abogado.

Ella lo miró, sin entender. O sin querer hacerlo. Alex no podía arrebatarle al niño.

—No puedes hacer eso —protestó—. No puedes quedártelo —añadió entonces, agarrándose a los brazos de la silla—. ¡Gabe es mío!

—Estás disgustada —dijo Alex entonces, intentando tomar su mano. Pero Samantha la apartó.

—Claro que estoy disgustada. ¿Crees que me hace feliz que quieras robarme al niño?

Él levantó una ceja.

—¿No quieres lo mejor para él?

—Claro que sí —contestó Samantha, conteniéndose para no darle una bofetada—. Y no creo que apartarlo de la única familia que conoce sea lo mejor para él.

—No voy a arrebatártelo —suspiró Alex.

—¿Ah, no? Acabas de decir que vas a pedir la custodia. ¿Cómo llamas a eso?

—Gabe es mi hijo, mi responsabilidad.

—Te felicito por tu sentido del deber —replicó Samantha, sarcástica—. Pero hace falta algo más que sentido del deber para criar a un niño. Hacen falta paciencia, amor, comprensión…

—Sé perfectamente lo que hace falta para criar a un niño.

—Es mucho más que darle una educación —insistió ella, con el corazón partido—. ¿Por qué no me habías advertido de lo que pensabas hacer?

—Porque aún no tenía el resultado de la prueba. Mi abogado hará la solicitud hoy mismo…

—Pero sabías lo que ibas a hacer. Lo tenías todo planeado —lo acusó ella, recordando lo contenta que se había puesto cuando Alex sugirió hacerse la prueba de ADN.

¡Qué tonta había sido…! Pero, claro, ¿cómo iba a suponer que después intentaría arrebatarle al niño? Y ella no podía pedir la custodia de Gabe.

Cuando su hermana murió, se quedó con el niño porque no había nadie más. Nadie cuestionó la custodia y a Samantha no se le ocurrió solucionar el asunto de forma legal. Y ahora podía ser demasiado tarde.

—Tienes razón —dijo Alex, mirándola a los ojos—. Debería haberte hablado antes de mis intenciones. Como tú deberías haberme dicho antes que Gabe era hijo mío.

Oh, no, no iba a hacer que se sintiera culpable.

Había dado un giro de trescientos sesenta grados a su vida para ir a Paradise Pines…

Quizá Alex tuviera razón. Quizá esperar cuatro meses no hubiera sido lo más sensato, pero tenía que saber que Alex Sullivan era una buena persona, que no sería un error decirle que Gabe era su hijo.

Aquello no debería estar pasando, pensó Samantha. Jamás se le ocurrió pensar que él pediría la custodia del niño. Según su experiencia, los hombres no se quedaban para criar a sus hijos. Y menos a los hijos de otros.

Samantha había aprendido esa lección de la forma más dura cuando su prometido la dejó para no tener que ayudarla a cuidar de Sarah.

Esperaba que Alex se interesara por Gabe, pero en el fondo de su corazón deseaba que no quisiera la responsabilidad de ser su padre.

—Cuando te lo conté ni siquiera me creíste. No tienes derecho a culparme por intentar proteger a Gabe. Dejé mi trabajo… un trabajo en el que llevaba cinco años, dejé mi casa, lo dejé todo para venir aquí. Para que Gabe conociera a su padre. No me digas que no he hecho lo que tenía que hacer porque…

Alex levantó una mano.

—Espera, espera. Cálmate.

—No te pongas condescendiente —replicó Samantha, furiosa—. No dejaré que me lo quites.

—Ya está decidido. Mi abogado va a solicitar la custodia de inmediato.

Samantha apretó los dientes.

—Mi hermana dejó claro que Gabe debía criarse con su familia.

—Los deseos de tu hermana no me conciernen. No tenía derecho a usarme como semental y luego ocultarme que tenía un hijo. Y creo que el juez estará de acuerdo.

—Ah, entonces lo haces por eso, ¿no? Para vengarte de mi hermana.

—Samantha…

—¡Y te da completamente igual que quien sufra por todo esto sea Gabe!

—Gabe es lo único que me importa. El niño necesita un hogar estable…

—Ya tiene un hogar estable —replicó Samantha, levantándose —. Es un niño muy bueno, pero arrancarlo de la única familia que conoce lo confundirá… incluso podría traumatizarlo.

—Yo soy su padre. Su familia —suspiró Alex entonces—. Es un niño muy pequeño y si hacemos las cosas bien se acostumbrará enseguida.

Samantha hizo una mueca. Esas palabras eran como un puñal en su corazón.

—Yo lo quiero. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Él la miró, en silencio.

El sonido del teléfono rompió la tensión del momento. Alex arrugó el ceño y ella observó que se debatía entre contestar o proseguir con la discusión, pero al final levantó el auricular.

—¿Dígame?

Samantha se dirigió a la puerta, dispuesta a escapar. Y a planear cuál sería su siguiente paso.

—Samantha.

El tono autoritario la detuvo. Con desgana, volvió la cabeza y lo miró por encima del hombro.

Alex había tapado el auricular con la mano.

—No me has dado la oportunidad de que lo quiera. ¿No es para eso para lo que has venido a Paradise Pines?

Ella se mordió los labios. Para eso había ido precisamente.

Una vez en el pasillo, se apoyó en la pared y cerró los ojos. Alex Sullivan se había convertido en una amenaza para lo que quedaba de su familia.

Gabe tenía a alguien que luchaba por él. Pero temía que sería ella quien iba a perder la batalla…

El sábado, Samantha metió al niño en la sillita del coche y le puso el cinturón de seguridad. Gabe estaba riéndose, como siempre. Qué poco sabía el pobre que su tiempo juntos podría estar limitado.

—Debería hacer la maleta y huir contigo. Así no podrían separarnos.

—Ato, ato, ato —estaba diciendo Gabe.

—Eso es —sonrió Samantha—. Vamos a darle de comer a los patitos.

Le estaban saliendo los dientes y aquel día había estado muy inquieto. Por eso, para distraerlo, le había prometido que irían al lago.

Menos mal que Gabe no entendía nada. El niño se merecía felicidad y seguridad. Y mientras estuviera con ella, eso era lo que tendría.

Después de darle una galleta, Samantha se echó hacia atrás para cerrar la puerta del coche… pero se chocó contra el torso de Alex Sullivan.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida.

Entonces se le encogió el corazón. ¿Habría oído lo de huir con Gabe?

—Hola.

—¿Qué haces aquí?
—He venido para ver al niño —contestó Alex, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, unos Dockers de color beige—. Pero parece que tú tienes otros planes.
¿Le estaba tendiendo una trampa?
—No pienso escaparme con él.
Alex levantó una ceja.
—Eso espero.
—¿Me habías oído?
—Sí —contestó él.
—Pues no pareces muy preocupado —replicó Samantha, sin saber si debía sentirse halagada o insultada por su falta de reacción. ¿Confiaba en ella o simplemente la consideraba una amenaza tan despreciable que no pensaba preocuparse siquiera?
Alex se encogió de hombros.
—Al contrario que tu hermana, tú eres una persona íntegra.
¿Lo era? ¿O sencillamente le faltaba valor? Aparentemente, Alex tenía más fe en ella que ella misma.
—Pareces muy seguro.
—Nunca lo habrías traído a Paradise Pines si no creyeras que el niño me necesita.
Samantha no tenía respuesta para eso porque era la verdad. Una verdad que le había hecho recorrer más de quinientos kilómetros… para después ponerla en aquella situación.
—Vamos al lago a ver a los patos —dijo, sentándose frente al volante—. Si quieres, puedes venir.
—¡Atos! —gritó Gabe, emocionado.
Alex dio la vuelta al coche y se sentó a su lado.
Hicieron el recorrido en completo silencio. Y tampoco hablaron mientras Samantha empujaba el cochecito hasta la orilla del lago.
Colocándose a Gabe sobre la cadera, ella señaló los patos que nadaban a unos diez metros de la orilla y, sacando una bolsa de migas de pan, tiró un puñado para que los animales se acercasen.
Cuando los patos se acercaron para comer, Gabe empezó a moverse, inquieto, para que lo dejara en el suelo.
—Zuelo.
Samantha lo dejó en el suelo, sujetando su mano mientras el niño intentaba torpemente acercarse a la orilla con sus piernecitas

de goma.

Pero cuando intentó tirar migas a los patos y, por falta de puntería, cayeron a sus pies, Gabe hizo un puchero y sus ojitos azules se llenaron de lágrimas.

—Pobrecito mío, le están saliendo los dientes —explicó Samantha.

—¿Me permites? —preguntó él entonces.

Ella lo miró sin entender.

Alex levantó al niño y se lo colocó sobre los hombros. Lo hacía como si tuviera costumbre, como si lo hubiera hecho antes.

Sorprendido, Gabe se agarró a su pelo con las dos manitas. Sin hacer siquiera una mueca de dolor, Alex se acercó al agua.

—Dale un poco de pan. Ahora no puede fallar.

Samantha obedeció, sorprendida.

Aquella vez, los trocitos de pan cayeron en su destino y los patos se acercaron para comer. Gabe estaba encantado, naturalmente.

Ella tragó saliva. Ver al padre y al niño juntos le daba a la vez alegría y pena. Eso era lo que quería para Gabe: un padre que pasara tiempo con él, que fuera responsable, que lo quisiera. Pero…

Durante los últimos cuatro meses había comprobado lo unida que estaba la familia Sullivan: hermanos, primos, tíos y abuela se apoyaban entre ellos.

Amor incondicional, eso era lo que Samantha desesperadamente buscaba para Gabe. Pero ¿por qué tenía que costarle su relación con el niño?

No era el momento ni el lugar, pero tenía que saber:

—¿Podríamos compartir la custodia?

Alex se volvió. Y se quedó sorprendido al ver la pena que había en sus ojos verdes.

Había perdido peso, además. Los vaqueros y la camiseta le quedaban un poco más anchos que el día que fue a su casa a darle la noticia.

Parecía como si un golpe de aire pudiese tirarla al lago.

Le habría gustado abrazarla, pero no podía dejar que la simpatía o la tentación enturbiaran su buen juicio.

No quería hacerle daño, pero tampoco podía aceptar la custodia compartida. Derechos de visita, sí. Pero no la custodia compartida.

Durante los años de su adolescencia, tras la muerte de sus

padres, lo único que lo había mantenido en pie había sido saber quién era y cuál era su obligación. Su abuela trabajaba sin descanso para darle a él y a sus hermanos seguridad, una familia normal… Y él no podía hacer menos por su hijo.

No había planeado tener hijos, desde luego, pero así era la vida. Y pensaba hacer todo lo posible para darle estabilidad y cariño a Gabe.

Y, por supuesto, no quería que pasara por la inestabilidad de tener dos casas, dos familias.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Samantha dejó caer los hombros y se volvió, para que no viera la desilusión en sus ojos. Alex apretó el tobillo de Gabe, deseando poder tomarla a ella de la mano. Le dolía verla así, pero no quería dar marcha atrás. Ni siquiera por ella.

—Al menos, dime que le comprarás un perrito. Para que juegue con él y le haga compañía. Yo iba a comprarle un cachorro para su cumpleaños —dijo Samantha entonces.

Seguramente pensaba que no era pedir mucho, pero sí lo era. Alex tenía que trabajar y cuidar de un niño pequeño… No tendría tiempo para cuidar y entrenar a un perro.

—Necesito un poco de paz al final del día. Tener un perro sería muy complicado.

—Entonces, ¿no se lo vas a comprar?

—No.

Samantha apretó los puños.

—¿Por qué haces esto? Ni siquiera querías tener un niño. Todo el mundo sabe que te divorciaste porque tu mujer quería tener hijos y tú no.

Alex se volvió hacia el lago, sin dejar de mirarla por el rabillo del ojo. Estaba indignada, pero también equivocada.

—No. Mi matrimonio terminó el día que murió mi hija.

Capítulo 3

Alex se dio cuenta de que Samantha no se lo esperaba. Y, por el rabillo del ojo, vio que se ponía pálida.

—Dios mío… lo siento —murmuró, apretando su mano—. ¿Qué pasó?

Él se puso tenso. No quería recordar.

—Prefiero no hablar de ello.

—No, claro. Entiendo —dijo Samantha—. Lo siento mucho.

Su inesperada compasión lo conmovió. Quizá porque era la única persona, excepto Doug y su familia, a quien se lo había contado.

Absurdamente emocionado, Alex tuvo que apretar los dientes.

No podía decir nada, pero cuando levantó la mano para sujetar la zapatilla de Gabe, que observaba la escena mirando de uno a otro, se encontró con la mano de Samantha. Intentaba consolarlo a él, controlando al mismo tiempo que el niño estuviera a salvo.

Algo dentro de él se colocó en su sitio entonces.

Alex cerró los ojos y recordó la muerte de su hija, tan pequeña, tan frágil que no pudo sobrevivir a un parto prematuro.

Su matrimonio tampoco pudo sobrevivir a la tragedia.

Se enfureció cuando su mujer le dijo que estaba embarazada. Pero, al final, aprendió a querer al niño que llevaba dentro.

Sin embargo, saber que su hija había muerto porque su ex mujer no siguió las órdenes del médico acabó con lo que sentía por ella. Su ex mujer fingió que había dejado de fumar, pero siguió haciéndolo a sus espaldas.

Alex se enteró después de que el ginecólogo le había recomendado reposo absoluto, pero ella siguió trabajando sin decirle nada… y luego lloró al perder a la niña.

También Alex lloró, pero no delante de ella. Lloró a solas.

No, él no quería tener hijos, pero su pena no era que su mujer

hubiera quedado embarazada contra sus deseos, sino no haber podido tener a su hija en brazos. Llegó y se fue sin que pudiera tocarla. Sin saber cuánto la quiso su padre sin conocerla siquiera.

Todos sus amigos sabían que no quería tener hijos, de modo que fue su ex mujer quien se llevó toda la compasión. Nadie pensó en él; nadie pensó en sus sentimientos. No le hicieron caso, o peor, pensaron que para él había sido un alivio.

Le hicieron sentir que no tenía derecho a ser compadecido, que no tenía derecho a estar de luto por su hija.

De modo que se lo guardó todo dentro.

Y se prometió a sí mismo que no tendría otro hijo, que no volvería a sufrir de esa manera, que no volvería a arriesgarse al sufrimiento de la pérdida.

Samantha lo odiaba por el asunto de la custodia, pero le ofrecía consuelo de forma incondicional.

Qué mujer tan asombrosa.

Alex admiraba su generosidad. Y quizá por esa razón le contó más de lo que habría querido.

Una nube se colocó entonces delante del sol. La brisa se volvió fría en un instante y Gabe empezó a moverse, inquieto.

—Zuelo —exclamó, dándole un golpe en la cabeza.

Samantha soltó una risita.

—¿Qué pasa, se han ido los patos? —preguntó, ofreciéndole unas migas de pan—. No te preocupes, ya volverán.

—¡Atos no! —gritó Gabe, tirando las migas sobre la cabeza de Alex—. ¡Zuelo!

Alex obedeció de inmediato y Samantha colocó al niño en el coche, enfadada.

—Eso no se hace, Gabe. Malo.

—Malo —repitió el niño mirando a Alex.

—No, él es bueno —lo corrigió Samantha—. Nos ha ayudado a dar de comer a los patos.

Gabe empezó a hacer pucheros y ella le ofreció un biberón con zumo de manzana.

—Lo siento, es que le están saliendo los dientes…

—No pasa nada. Los niños lloran, es normal —sonrió Alex, intentando quitarse las migas del pelo.

—Deja que te ayude —murmuró Samantha.

No pasaba nada. Pero si seguía tocándolo… Estaban demasiado cerca y él era un hombre con sangre en las venas.

Con las manos de Samantha acariciando su pelo, rozando su pecho y con el olor de su perfume, Alex casi se olvidó de las familias que paseaban por el parque.

—Déjalo. Ya lo hago yo.

Dando un paso atrás para no perder del todo el sentido común, agachó la cabeza e intentó quitarse las migas que quedaban. Pero al verla inclinarse sobre el cochecito se le empezaron a ocurrir unas ideas…

Por ejemplo, llevarla a su casa. A ella y a su hijo.

Cuando Samantha se incorporó y él seguía dándole vueltas a esas ideas, se dio cuenta de que tenía mucho que pensar.

Samantha volvió a su lado y carraspeó, nerviosa. Si Alex no se hubiera apartado cuando lo hizo, se habría echado en sus brazos.

Bueno, quizá no. Seguramente el sentido común se lo habría impedido. Pero no apostaría por ello. Alex Sullivan era un hombre tan atractivo… Y al tocar aquellos bíceps duros, los anchos hombros, el pelo suave…

Bueno, ya estaba bien.

Samantha movió una mano delante de su cara, como si estuviera apartando una mosca. ¿Desde cuándo hacía tanto calor?

—¿Has estado casada alguna vez? —le preguntó Alex entonces.

—No —contestó ella sencillamente. Era la verdad y su segunda gran pena.

Ella quería un marido que la quisiera para siempre, quería hijos, un perro. Una familia.

—¿Por qué?

—Estuve prometida una vez, pero todo terminó al morir mi madre, cuando tuve que cuidar de Sarah. Mi prometido decidió que era demasiado joven como para responsabilizarse de una niña.

Alex levantó una ceja y la miró de arriba abajo… sobre todo el escote, si debía ser sincero.

Samantha se movió, incómoda. Sentía esa mirada como si fuera una caricia.

—Pues fue un idiota —sonrió Alex—. ¿Qué edad tenías cuando tu madre murió?

—Diecinueve.

—¿Y ahora tienes…?

—Treinta y uno —sonrió ella—. ¿Y tú?

—Yo tengo treinta y seis —contestó Alex—. Sarah debía de ser una cría cuando os quedasteis solas.

Samantha negó con la cabeza.

—Sarah iba por la vida como si le faltara tiempo. Siempre pareció mayor de lo que era y… la verdad es que no fue una niña durante mucho tiempo.

Él la miró, incómodo.

—¿Qué edad tenía cuando nos conocimos?

—Veintitrés años —contestó Samantha—. No tienes que preocuparte, era mayor de edad.

Alex asintió con la cabeza. La Sarah que recordaba era una mujer vibrante, llena de vida. Sabía lo que quería y sabía cómo conseguirlo. Y, durante un par de días, lo que quiso fue él.

O, más específicamente, lo que él podía darle. ¡Qué irónico que hubiese ido a la isla para olvidar que su ex mujer había tenido una niña con su nuevo marido…! La noticia le hizo recordar todo lo que pasó…

Había ido a la isla para olvidar. Y lo que consiguió fue que lo usaran de nuevo.

No, no tenía por qué disculparse.

—Así que estuviste prometida. ¿Has dejado a alguien especial en Phoenix?

—¿Alguien especial? —repitió ella—. No. Salía con otro chico… pero desapareció cuando mi hermana murió. O, más bien, cuando tuve que encargarme de Gabe.

Alex entendió enseguida. Eso explicaba muchas cosas.

—Debiste imaginar que cuando me contaras lo de Gabe yo podría pedir la custodia.

Samantha apartó la mirada. No quería hablar de eso.

—Sí, claro. Pero no quería creerlo. En mi vida, los hombres reaccionan exactamente al revés. El padre de mi hermana Sarah se marchó cuando mi madre le dijo que estaba embarazada, mi prometido me dejó… Así que no, no pensé que podrías pedir la custodia de Gabe.

Durante las siguientes tres semanas, una asistente social apareció por la casa varias veces, siempre por sorpresa. Samantha hacía lo que podía para dar una buena impresión. Contestaba a todas las preguntas, por muy personales que fueran, y sonreía todo el tiempo.

Y en cuanto la mujer se iba, se preocupaba de haber hablado mucho, de haber sonreído demasiado…

Alex fue a ver a Gabe tres veces durante aquellos días. Samantha lo invitó a cenar en una ocasión y él los invitó a salir un domingo por la tarde. Todo muy civilizado, considerando que estaban en guerra.

Pero el día que Gabe cumplió un año, se empeñó en llevarlos a casa de su abuela donde, por lo visto, habían organizado una fiesta.

Samantha le había regalado un juego de bloques de plástico cuando lo que de verdad hubiera querido comprarle era un cachorro. Pero en aquella situación, sin saber si Alex conseguiría la custodia, no podía arriesgarse.

Cuando llegaron a casa de la señora Sullivan, Gabe se convirtió de inmediato en el centro de atención. El niño conoció a todos sus tíos, excepto al segundo: Brock, comandante de la Armada, que nunca podía acudir a los eventos familiares debido a su trabajo.

La abuela de Alex y su prima Mattie hicieron todo lo posible para que Samantha se sintiera cómoda.

—Nos alegramos muchísimo de que Gabe pase a formar parte de la familia —le dijo la abuela—. Y lamentamos la muerte de tu hermana.

—Gracias. Es muy generoso por su parte haber hecho una fiesta para Gabe, señora Sullivan.

—Por favor, llámame abuela como todo el mundo. Y no tienes que darme las gracias. Hace siglos que no había un niño en la familia.

A Samantha le hizo gracia que el padre de Alex hubiera nombrado a sus hijos por orden alfabético, empezando por Alex y terminando por Ford. Excepto los gemelos, cuyos nombres eran Derrick y Everett, pero a los que todo el mundo llamaba Rick y Rett.

Y se dio cuenta entonces de que, sin saberlo y por esas cosas del destino, su hermana había seguido la tradición: el nombre del

último Sullivan era Gabe.

Aunque un poco tímida, lo pasó bien en la fiesta. Especialmente al ver que Gabe estaba feliz viéndose rodeado por tanto hombre.

—¡La hora de los regalos! —anunció Mattie Cole, ¿te importa traerlos?

Unos minutos después, Gabe estaba en medio de un montón de cajas envueltas en papeles de colores. El niño gritaba y reía, entusiasmado, y quería jugar con cada uno de los regalos. Alex lo observaba todo desde el sofá, interesado pero un poco distante.

Por fin, llegaron al último regalo: una caja más grande que Gabe. Como el niño no podía, Alex sacó un perro de peluche de tamaño natural.

—¡Perito! —exclamó Gabe, alborozado.

Alex le había comprado un perro.

Samantha lo miró sin saber si reír o llorar. Aquella fiesta la estaba haciendo sentir rara. Sentía miedo y preocupación, pero también cariño y lealtad.

Le gustaba la bienvenida de los Sullivan. Eso era lo que esperaba del padre de Gabe cuando lo llevó a California. Sin embargo, ese tipo de gesto era precisamente lo que un juez apreciaría para darle la custodia.

Y cuando comparó el juego de bloques de plástico con el enorme perro de peluche y la tarta de chocolate, se sintió desesperada. Porque si ella fuera el juez, seguramente tomaría la misma decisión.

Alex estaba hablando con uno de sus hermanos, pero miraba por el rabillo del ojo a Samantha, que estaba guardando los regalos en una caja. Cada vez que se inclinaba a un lado o a otro, se le quedaba la boca seca.

Deliberadamente, apartó los ojos de aquella tentación, arrugando el ceño al ver que dos de sus hermanos, los gemelos, estaban observando lo mismo que él con toda tranquilidad.

Los gemelos dirigían la joyería familiar, Sullivan's. Rick se encargaba de la parte técnica, mientras Rett llevaba la parte creativa. Ninguno se metía en el apartado del otro, pero entre los dos habían conseguido que Sullivan's fuera la joyería más prestigiosa de San Diego.

—Oye, mirad a vuestras chicas —los regañó Alex.

Ambos gemelos lo miraron con idéntica expresión. Con esa

declaración, no podría haber dejado más claro su interés por Samantha aunque lo hubiese gritado a los cuatro vientos.

Mejor. No quería que ninguno de sus hermanos se interesara por ella. Eso no iba con sus planes.

Pero los gemelos lo tomaron cada uno de un brazo para sacarlo al pasillo.

—¿Desde cuándo te gusta Samantha? —le preguntó Rick.

—Es una chica guapísima…

—Es la tía de tu hijo —lo interrumpió Rick—. Y estás a punto de arrebatarle a Gabe. No creo que le caigas muy bien.

—Pues para ser la tía de alguien, está muy buena —dijo Rett entonces.

Alex le dio un codazo.

—Vuelve a meterte los ojos en las cuencas.

—Sólo estaba admirando tu buen gusto.

—No era eso precisamente lo que estabas admirando.

—Oye, ¿vas en serio con ella?

—No lo sé —se encogió Alex de hombros—. Todo esto ha sido tan repentino…

Samantha se volvió en ese momento y vio a los tres hombres mirándola.

—Pero me gusta —dijo Alex en voz baja.

Cada hora que pasaba con Gabe era para Samantha un recuerdo precioso… y un recordatorio de que todo podría terminar.

Y entonces, por fin, llegó el día en que tenían que enfrentarse con el tribunal. Su abogado, Marvin Keyes, un hombre simpático y brillante, le hizo un gesto para que entrase en la sala. Inmediatamente después, una asistente social tomó a Gabe en brazos.

Keyes la había preparado para aquel momento, pero Samantha abrazó al niño, angustiada.

—Señorita Dell —insistió la mujer.

Su abogado le hizo un gesto, un silencioso mensaje para que cooperase. Haciendo acopio de valor, Samantha le entregó al niño. Y cuando la mujer se alejó con Gabe en brazos, se dijo que todo iba a salir bien.

La sala no era tan grande como había esperado; de hecho sólo había tres filas de bancos. Y tras una barandilla de madera, un enorme escritorio con dos mesas pequeñas a los lados.

Su abogado le había dicho que debía estar preparada para el resultado, que seguramente el juez le daría la custodia a Alex, pero…

Prefería tener esperanzas, creer que el juez entendería que lo mejor era dejar a Gabe en manos de su tía y no de un desconocido.

Un segundo después, Alex abrió la puerta para dejar pasar a su abuela y a su prima Mattie. Dos de sus hermanos, Cole y Ford, las seguían.

Que hubiera ido con su familia era un golpe más. Y Samantha se sintió muy sola.

La señora Sullivan le sonrió con simpatía, pero ella tenía un peso en el corazón.

Gabe era suyo. Y si Alex tuviera un poco de compasión, no lo apartaría de ella.

El juez McCray entró en la sala y se colocó las gafas firmemente sobre el puente de la nariz.

—Tengo frente a mí el resultado de la prueba de ADN que constata que Alexander Sullivan es el padre biológico de Gabriel Dell. También tengo una petición del señor Sullivan para que la partida de nacimiento del citado menor incluya su apellido. Y otra pidiendo la custodia del niño. Existe también una contrademanda de Samantha Dell solicitando la custodia del menor…

Oír al juez decir eso en voz alta era como una sentencia, una confirmación de que aquella pesadilla era real. Alex de verdad quería llevarse a Gabe.

Samantha había esperado que, después de ver al niño en su casa, después de salir a pasear juntos, Alex entendería que no podía separarla de Gabe, pero…

El procedimiento continuó con el testimonio de la asistente social y el de una experta en psicología infantil. Todo lo que su abogado presentaba era mejorado por el abogado de Alex. Y la confianza de Samantha empezó a derrumbarse.

El juez la miró entonces.

—Este tribunal quiere recordarle a la señorita Dell que su obligación es tomar la decisión que considere más apropiada para el

bienestar del niño. Si estuviera usted casada, me sentiría inclinado a darle la custodia, porque no tendría sentido apartarlo de una situación familiar estable. Lo ideal es que un niño crezca con un padre y una madre… pero ése no es el caso —el juez abrió una carpeta, suspirando—. La asistente social encargada del caso ha hecho varias visitas tanto a la casa de la señorita Dell como a la del señor Sullivan. Ambos hogares le parecieron adecuados, pero he de tomar una decisión. Y, en beneficio del menor, estoy preparado para darla a conocer.

A Samantha se le heló la sangre en las venas. No podía ser, aquel juez no podía arrebatarle a Gabe. El niño tenía que quedarse con ella, con la persona a la que conocía desde el día que nació…

—Este tribunal otorga la custodia del menor, Gabriel Dell, a su padre biológico, Alexander Sullivan.

El juez recalcó el decreto con un golpe de mazo sobre la mesa, poniendo así el mundo de Samantha patas arriba.

¡No! ¡No podían quitarle a Gabe!

No podía moverse, no podía pensar. Intentando controlar las lágrimas, se obligó a sí misma a permanecer de pie, como todos los demás.

Debería haber huido con Gabe cuando tuvo oportunidad, se dijo.

Pero quizá aún no era demasiado tarde…

Samantha buscó al niño con la mirada. Estaba sentado sobre las rodillas de la asistente social, mirándola, esperando que fuese a buscarlo.

Samantha calculó las posibilidades que tendría de huir si lo tomaba en brazos y salía corriendo…

—Señorita Dell, todo ha terminado —dijo su abogado entonces.

Sintiendo náuseas, Samantha se volvió hacia la puerta. Necesitaba un poco de aire fresco. Un minuto. Sólo un minuto para recuperar las fuerzas.

Alex la tomó entonces del brazo.

—Espera. Quiero hablar contigo.

—¡No tenías derecho! —exclamó ella, dolida y angustiada.

—Es mi hijo —replicó Alex.

—Es mi sobrino. Es mi familia…

—Señorita Dell, será mejor que la acompañe a casa —intervino su abogado.

Pero Samantha no estaba preparada para abandonar a Gabe.

¿Dónde estaba el niño? Vio entonces que la asistente social se lo daba a la abuela de Alex y sus ojos se llenaron de lágrimas. Era verdad: todo había terminado.

—La señorita Dell y yo estamos hablando —protestó Alex.

—No creo que sea el momento —replicó Keyes.

—Samantha, tengo que decirte una cosa…

—No tienes nada que decirme.

—Por favor, escúchame… ¿no quieres ver a Gabe?

«Canalla», pensó. Samantha no quería escucharlo, pero se veía obligada a hacerlo.

—Estoy bien, señor Keyes. Gracias por todo.

Alex se relajó visiblemente cuando el abogado desapareció.

—Voy a pedirle a mi abuela que se lleve fuera al niño.

Samantha vio que tanto la abuela como los hermanos de Alex iban a salir de la sala y, sin pensar, dio un paso hacia el niño.

—Espera —murmuró Alex—. Lo verás enseguida.

Pobrecito Gabe. La miraba sin entender y Samantha tuvo que sonreír, aunque tenía el corazón roto.

—Ven —dijo Alex entonces, llevándola hacia un banco.

Ella se apartó todo lo que pudo. Era demasiado grande, demasiado alto. Debía de medir más de metro ochenta y cinco y ella, con su metro sesenta, se sentía pequeña a su lado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Siéntate, por favor.

—No, gracias.

—Sé que estás disgustada, pero ya está hecho…

«Ya está hecho». Su arrogancia era insoportable.

—Quiero a ese niño, Alex. Y no pienso rendirme. No pienso abandonarlo sin luchar.

—No tengo intención de alejarlo de ti.

—¿Ah, no?

—No —suspiró él—. Y si te calmas un poco, podremos hablar. Mira, Samantha, quiero que tú también seas parte de la familia.

Confusa y recelosa, ella levantó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

Alex respiró profundamente, como para darse valor.

—Quiero que te cases conmigo y me ayudes a formar un hogar

para Gabe.

Capítulo 4

Samantha lo miró perpleja, incapaz de creer lo que acababa de oír. Casarse con él para formar un hogar…

Formar una familia era lo que ella siempre había querido.

Pero había un problema: el matrimonio que Alex proponía no incluía el amor. Claro que no, eran dos extraños. Pero a pesar de todo…

Pero no. Alguien debía aportar algo de sentido común a aquella absurda situación.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? ¿Porque quiero darle un hogar a mi hijo?

—Ya tenía un hogar. Conmigo.

—Y ahora su hogar está conmigo —suspiró Alex, pasándose una mano por el pelo—. Pero el juez tiene razón, Gabe necesita un padre y una madre.

«Pobre Gabe», pensó Samantha de nuevo. Había perdido a su madre y después de vivir con ella durante seis meses, tenía que cambiar de casa, de familia…

Más que nunca, el niño necesitaba algo firme, algo consistente. Había tenido que soportar demasiados cambios con sólo un añito y debía saber que alguien lo quería de forma incondicional. Y eso sería imposible si vivía en una casa y ella vivía en otra.

—Gabe es mi hijo, mi responsabilidad —siguió Alex—. Tú y yo somos dos extraños, es verdad. Pero, como tú sabes bien, criar a un niño es muy diferente a educarlo.

Después de tantos años viendo crecer primero a sus hermanos y luego a sus alumnos, Alex sabía que una familia equilibrada era fundamental para el crecimiento de un niño. Le había dado un hogar a su hijo, pero casarse con Samantha completaría la unidad familiar que Gabe necesitaba.

Ella le daría el amor que quizá él no estaba preparado para

darle.

Por Gabe, claro. Él no tenía necesidad de complicarse la vida… o no la había tenido hasta que apareció el niño.

Y querer a alguien dolía demasiado.

Abrirle su corazón a otro niño era un riesgo que no estaba dispuesto a correr. Amar a alguien y perderlo era sencillamente insoportable.

No, no podía volver a arriesgarse.

Había visto a Samantha con los niños del instituto. Y con Gabe. Era buena con los crios, paciente y cariñosa. Y su devoción hacia Gabe era incuestionable.

—Alex, no podemos casarnos —dijo Samantha entonces.

—Somos adultos, ¿no? Sabemos lo que queremos.

Además, desde que se conocieron hubo química entre ellos. Una atracción primitiva. Alex luchó contra esa atracción durante varios meses, pero contaba con ella para inclinar la balanza a su favor.

—Yo ahora mismo no sé lo que quiero —suspiró Samantha.

—¿Por qué? Mi propuesta de matrimonio es completamente seria.

—Y completamente absurda.

—No entiendo por qué —insistió Alex—. Tú te quedas con Gabe y él tiene un padre y una madre. Todo el mundo saldría ganando.

—Y tú, ¿qué ganas? —lo retó Samantha, cruzándose de brazos.

Alex sonrió. A pesar del reto, parecía vulnerable, pequeña en aquella sala vacía.

—Yo consigo a mi hijo. Y a ti.

—¿A mí? —repitió ella—. ¿Me quieres a mí?

—No te hagas la ingenua —dijo Alex entonces, mirándola a los ojos—. Tú también me deseas.

Samantha lo miró, incrédula. Menuda cara…

Pero Alex había dado un paso hacia ella. Estaba demasiado cerca y Samantha puso una mano sobre su pecho para detenerlo.

—No puede ser. Eso complicaría las cosas.

Alex tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Te equivocas. Las simplificaría mucho.

Tan cerca, el suave aroma del perfume femenino inflamaba sus sentidos y, sin poder evitarlo, la tomó por la cintura.

—Nada ni nadie podría evitar que te besara, Samantha.

A pesar del tono autoritario de sus palabras, la besó con delicadeza. Sabía muy dulce, muy femenina. Y él quería más. Inclinando a un lado la cabeza, buscó su boca abiertamente, buscó su lengua… y al ver que ella respondía su corazón dio un vuelco.

Samantha tuvo que ponerse de puntillas para besarlo, pero aún no estaba suficientemente cerca, de modo que Alex la levantó a pulso. No se daban cuenta de dónde estaban, de que cualquiera podría entrar.

El pasado y el futuro no tenían importancia. Sólo contaba el momento. Ella le hacía olvidar por lo que estaban pasando…

Y cuando sintió sus pechos apretados contra su torso, se dio cuenta de que lo quería todo, de que no deseaba parar. Eso contestaba a una pregunta: eran definitivamente compatibles.

Después, cuando la soltó, la vio tan desmadejada que él mismo la ayudó a sentarse en el banco.

—Nuestro noviazgo será corto, treinta días máximo. Y nos casaremos enseguida. Todo el mundo creerá que… no sé, que el roce hace el cariño. Y nosotros dejaremos que lo crean.

Samantha parpadeó, confusa.

—¿Quieres que la gente crea que éste es un matrimonio de verdad?

—Será un matrimonio de verdad.

A la defensiva, ella se cruzó de brazos.

—No será un matrimonio por amor.

—Pero seremos una familia.

Samantha se quedó pensativa. Quería a su sobrino, deseaba lo mejor para él, pero…

Alex creía que casarse era lo mejor. De alguna forma, ya eran una familia. Casarse con Samantha sencillamente lo haría oficial. Su proposición podría sonar extraña, pero a él le parecía lo más correcto.

—Quieres que Gabe tenga una familia, ¿verdad?

—Claro, pero…

—Samantha, llevas tiempo suficiente en el mundo de la enseñanza como para saber que una familia con padre y madre es la situación ideal para un niño. Casarnos es la solución perfecta.

—Llevo el tiempo suficiente en la enseñanza como para saber que no es tan sencillo —replicó ella.

—Los dos queremos lo mejor para Gabe. Es así de fácil, ¿no crees? —insistió Alex.

Samantha se levantó, insegura.

—Esto es demasiado repentino. Tengo que pensarlo.

Esa respuesta no era la que Alex esperaba, pero seguramente era la más lógica.

—No tardes mucho en pensártelo, Samantha. Cuanto antes nos casemos, antes podrá acostumbrarse Gabe a su nueva familia.

Y antes la tendría en su cama.

El viento movía las hojas de los árboles en los escalones del tribunal y Samantha agradeció el aire fresco. La ayudaba a calmar los nervios. Caminaba al lado de Alex, pero dejando al menos un metro entre los dos.

Necesitaba espacio para pensar en su propuesta de matrimonio y aquel hombre era una distracción…

Entonces oyó llorar a Gabe. «Pobrecito», pensó, al verlo en brazos de la abuela de Alex.

La mujer lo mecía suavemente, dándole golpecitos en la espalda, pero el niño no dejaba de llorar. Cuando la prima de Alex, Mattie, se acercó para intentar consolarlo, Gabe apartó la cara, furioso.

Samantha no esperó. Sin pedir permiso, corrió hacia su sobrino para consolarlo.

—El pobre quiere a su mamá —dijo la abuela de Alex, poniéndolo en sus brazos—. Estaba bien hasta que salimos de la sala, pero…

—¡Mamá! —exclamó el niño, echándole los brazos al cuello.

No había palabras para describir lo que Samantha sintió en ese momento.

—Es un niño muy bueno, pero le están saliendo los dientes y lo pasa fatal. Además, ha sido un día muy duro para él.

—Ha sido un día difícil para todos, es verdad.

—¿Está bien? —preguntó Alex, pasándole un brazo por la cintura en actitud posesiva mientras con la otra mano acariciaba el pelo de su hijo.

Era la primera vez que Samantha lo veía hacer un gesto cariñoso.

—Está un poco disgustado, pero se le pasará.

—Gracias por encargarte de él, abuela. Siento que te haya dado

problemas.

—No me ha dado ningún problema. Le están saliendo los dientes, por lo visto.

—Samantha tiene razón. Ha sido un día muy difícil para el pobre niño —intervino Mattie—. Y es hora de que nos vayamos a casa.

—Gabe debería dormir con Samantha esta noche —opinó Alex.

Sorprendida, ella levantó la mirada.

—¿Estás seguro?

—Confío en ti. No me lo vas a robar.

Había dicho lo mismo el día que la oyó mencionar precisamente esa posibilidad. Y eso decía mucho de él. Tanto que la asustaba.

—No sé… Estoy muy disgustada contigo y con toda esta situación.

—Pero ya sabes cómo solucionarla —contestó él con una sonrisa.

Samantha sacó un montón de calcetines de la secadora. Mientras doblaba la ropita de Gabe, no dejaba de darle vueltas a la proposición de Alex, a la nueva situación…

Habían pasado tantas cosas aquel día que no sabía por dónde empezar.

Pero lo que estaba claro era que había perdido la custodia de Gabe.

Y Alex le había pedido que se casara con él.

No sabía cuál de las dos noticias era más aterradora. Si se casaba con Alex viviría con Gabe, pero estaría casada con un extraño.

Bueno, Alex Sullivan no era exactamente un extraño. Sabía muchas cosas de él. Por ejemplo, que era una buena persona, un hombre responsable. Los niños lo adoraban, los profesores lo respetaban y era alguien muy querido en Paradise Pines.

Pero ella lo odiaba a muerte por haberle arrebatado a su sobrino.

Aunque eso era injusto. Alex era un hombre decente que se hacía cargo de un hijo inesperado. Y, además, era guapísimo. ¿Cómo no iba a gustarle?

Sin embargo, no parecía muy apegado al niño. Quizá fuera

lógico. No había sabido de su existencia hasta unas semanas antes, y la pérdida de su hija lo había dejado traumatizado.

Cuando miró a Gabe, que jugaba en el suelo con los bloques de plástico, a Samantha se le encogió el corazón.

Sólo podría estar con él si se casaba con Alex.

Al día siguiente iría a buscarlo. Samantha nunca había temido algo tanto como aquello. Ver a Gabe desapareciendo de su vida, llevándose sus cositas para siempre…

Si presentaba un recurso y solicitaba de nuevo la custodia del niño estaría privando a Gabe de su padre. Pero si aceptaba casarse con Alex, abandonaría sus sueños de casarse por amor.

Se sentía acorralada, sin saber qué hacer.

Si se casaba con Alex, seguiría teniendo a Gabe y el niño tendría un padre y una madre. Y Alex la tendría en su cama. Un sitio donde, si era sincera consigo misma, también ella quería estar.

Todo el mundo salía ganando. ¿O no?

Quizá su presencia serviría para que Alex olvidase el dolor de haber perdido a su hija. Quizá así podría establecer una relación paterno-filial con Gabe.

Porque, en su opinión, aquello iba a ser un problema. Ni el uno ni el otro estaban preparados para dejar entrar a otra persona en su corazón.

¿Qué debía hacer? Sí, no, quizá… No tenía respuesta.

Había soñado tanto tiempo con formar una familia propia, con casarse con un hombre del que estuviera locamente enamorada…

Sería fácil pensar que la intimidad con Alex podría llevarlos a algo más, a un sentimiento más profundo, pero Samantha no era tan ingenua.

Lo que pasó con su prometido y con su posterior novio le había demostrado que esperaba demasiado de los hombres. Ambos la habían acusado de anteponer su familia a sus relaciones amorosas, y era cierto.

Pero ¿qué iba a hacer? Se había visto obligada a cuidar de Sarah cuando sólo tenía diecinueve años y, después, de Gabe. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Abandonarlos a su suerte?

Además, el amor significaba compartir lo bueno y lo malo, ¿no era eso lo que decía todo el mundo?

Para ella no había sido así y quizá debería olvidar el sueño de

encontrar a un hombre que la quisiera, pero… no podía hacerlo.

Las razones no estaban muy claras, pero tenían algo que ver con su padre. Como si abandonando toda esperanza de amar lo estuviera traicionando.

Samantha se pasó una mano por la cara. Estaba harta de darle vueltas al asunto. Tenía que pensar en otra cosa.

Suspirando, tomó a Gabe en brazos para llevarlo a la cuna. Afortunadamente, el niño estaba agotado y se quedó dormido enseguida. Ella misma estaba cansada y se tumbó un momento en el sofá.

Aún tenía que poner otra lavadora, pero sólo quería cerrar los ojos un momento…

Se levantaría enseguida…

Pero se quedó dormida.

En sus sueños, una boca húmeda y cálida acariciaba su garganta. Ella apartó la cabeza a un lado para que pudiera besarla mejor y tembló al sentir un mordisco en el cuello.

El deseo, un deseo desconocido para ella, calentaba su sangre. Y quería más. Como había querido más aquel día, en la sala del tribunal. ¿Había sido aquel día o el día anterior?

Daba igual.

Pero…

—Disfruta… —era la voz de Alex; el aliento del hombre rozando su cara.

—Sí —musitó ella, rindiéndose. Había sabido desde el principio que era él quien la seducía.

Samantha abrió los labios para recibir el beso, devolviéndoselo, lengua contra lengua. Poniéndose de puntillas, enredó los dedos en su pelo. Era tan suave…

Sí, sí, eso era lo que necesitaba, lo que quería. La vida debería ser así de sencilla, así de emocionante.

Alex la besaba en la garganta, dejando un rastro húmedo, provocando escalofríos por todo su cuerpo.

Samantha se arqueó hacia él. Todo parecía tan real.

—Cásate conmigo y será real.

Samantha se despertó, sobresaltada, y parpadeó, intentando recordar qué hora era… la cesta de la ropa seca estaba a sus pies y la maletita de Gabe al otro lado del sofá.

Alex no estaba allí, nunca había estado allí. El apasionado beso había sido un sueño, nada más.

Su subconsciente parecía lidiar con lo que su sentido común se negaba a aceptar.

Pero la decisión con la que tenía que enfrentarse era suficientemente seria como para tomar eso en cuenta.

Sin embargo, seguía temblando por el poder erótico de aquel sueño. La cuestión era: ¿qué significaba?

El viernes por la mañana, agotada, Samantha se dispuso a hacer el desayuno. Un buen desayuno. Aquel día necesitaba animarse.

El sonido del timbre hizo que el círculo vicioso de pensamientos en el que llevaba sumida desde el día anterior se detuviese. Secándose las manos con un paño, fue a abrir la puerta.

Su abogado estaba en el porche.

—Señor Keyes, qué sorpresa.

—Quería comprobar que estaba usted bien, señorita Dell. Ayer parecía tan disgustada… ¿puedo pasar?

—Sí, claro, pase. Acabo de hacer café y bollos con mantequilla.

El señor Keyes sonrió al entrar en la cocina.

—Qué bien huele, pero sólo tomaré un café. ¿Sullivan le dio algún problema ayer, cuando me marché?

—No —contestó Samantha, sacando una taza del armario—. Siéntese, por favor.

—¿No hubo discusión?

—No. Pero me pidió que me casara con él.

El señor Keyes ni siquiera parpadeó. Samantha supuso que, como abogado, estaba acostumbrado a todo.

—Eso sí que es inesperado.

—Dígamelo a mí —suspiró ella—. Pero tengo que saber la verdad. ¿Hay alguna posibilidad de que me den a mí la custodia si presento un recurso?

El hombre la miró a los ojos.

—Muy pocas. Sullivan es el padre biológico del niño, un respetado miembro de la comunidad, con una familia sólida… En mi opinión, sólo conseguiría derechos de visita.

Samantha se dejó caer sobre una silla.

—Me lo imaginaba.

—Los padres de Sullivan murieron cuando él era muy joven, un adolescente. Su abuela se encargó del negocio familiar, de modo que fue él quien tuvo que criar a sus hermanos. Y cuando descubrió que Gabe era hijo suyo decidió asumir la responsabilidad. Así es Alex Sullivan.

Sí, Samantha lo sabía. Pero el sentido del deber de Alex no mermaba su responsabilidad con Gabe.

—Sé que la familia es importante para él, pero también lo es para mí. Gabe es mi única familia, señor Keyes. No tengo a nadie más.

—Debo advertirle que cuanto más dure este proceso, menos posibilidades tendrá —dijo entonces su abogado, mirando el reloj—. Lo siento, pero tengo que irme.

Samantha se levantó para acompañarlo a la puerta.

—¿Y si me casara con Alex?

—Mucha gente se casa por razones que no tienen nada que ver con el amor.

—Ya, claro.

—Si no quiere separarse de su sobrino, eso sería lo mejor. Y si el matrimonio fracasara, podría solicitar la custodia de Gabe como madre del niño.

—Ah.

Samantha no había pensado en esa posibilidad. ¿La habría pensado Alex?

—Piénselo —le recomendó Keyes—. Es la única forma de conseguir la custodia del niño.

Gabe jugaba en el suelo del salón. Intentaba meter un bloque redondo en un hueco cuadrado… con la ayuda de un martillo de plástico.

Su padre estaba a punto de llegar.

Samantha colocó a Gabe sobre sus rodillas y le dio un beso, con un nudo en la garganta. No quería que la viese llorar.

—Mamá te quiere mucho.

—Mamá —sonrió el niño.

El sonido de un claxon, el temido claxon, hizo que se levantara de un salto.

—Ha llegado papá, cariño. Y el tío Cole —murmuró Samantha,

al ver que ambos bajaban de una furgoneta.

Alex llevaba una camisa blanca y pantalones vaqueros. Con ese atuendo tan informal parecía más alto, más impresionante.

No sabía por qué, pero cada día le parecía más alto. Quizá porque se movía con tanta seguridad…

—Hola, Samantha —le dijo, con la misma voz que había oído en sus sueños.

Ella volvió la cara, avergonzada. No podía mirarlo mientras recordaba lo que le había hecho en sueños… y las cosas que a ella le habría gustado hacerle.

—La maleta de Gabe ya está hecha. Hola, Cole.

Cole, el tercero de los hermanos, era tan alto como Alex y tenía los mismos ojos azules, pero su pelo era más claro. Era un chico sencillo y poco complicado. Al contrario que Alex.

—Hola, Samantha —sonrió, inclinándose para darle un beso—. ¿Está todo preparado?

—Sí.

—Después de guardar las cosas del niño vamos a tomar una pizza. ¿Te apuntas?

Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas pero, agradecida por su intención de hacerla sentir parte de la familia, consiguió sonreír.

—Sí, claro. Me encanta la pizza.

—Deja, yo llevaré eso —murmuró Alex, tomando el cochecito.

Samantha se lo dio sin decir nada, porque tenía un nudo en la garganta.

—Me alegro de que hayas decidido cenar con nosotros —dijo él entonces, percatándose de su angustia.

Samantha asintió con la cabeza. Le había resultado más fácil aceptar cuando la invitó Cole. Pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Además, cenar con ellos facilitaría la transición para Gabe.

—Sólo faltan el parque y la maleta…

—Pesa mucho —la interrumpió Alex—. Deja, la subiré yo.

Samantha levantó los ojos al cielo. No sabía si era un comportamiento machista o simplemente anticuado. Seguramente lo último.

Pero no pensaba decir nada, no tenía ganas de discutir.

De modo que levantó la maleta con las dos manos y la colocó en la furgoneta.

Cuando se volvió, los dos Sullivan estaban mirándola con el ceño fruncido.

—Ya no queda nada más.

Cuando miró a Alex se dio cuenta de que había entendido el mensaje: ella era capaz de cuidarse sólita. No necesitaba a ningún hombre.

Mejor. Así no subestimaría la determinación de una mujer.

Capítulo 5

Fueron a El Cajón para tomar la pizza. Gabe iba en su sillita, en el asiento trasero de la furgoneta, al lado de Samantha.

Cuando llegaron al restaurante, el olor a ajo y a salsa de tomate casera despertó el apetito de Samantha, a pesar de la situación. Y se dio cuenta entonces de que no había comido nada desde el desayuno.

En el restaurante había mucho ruido, porque el equipo de fútbol local estaba celebrando una victoria, pero encontraron mesa al fondo del local y sentaron a Gabe en una silla alta en la que parecía encantado, como un reyezuelo controlándolo todo.

Samantha se había sentado al lado de Alex… o más bien, Alex se había sentado a su lado. Y estaba atrapada entre su cuerpo y la pared.

—Yo la quiero de jamón y aceitunas —dijo Cole, abriendo la carta.

Gabe empezó a golpear la mesa con una cuchara.

—Gabe, no hagas eso —lo regañó Samantha.

—Venga, chico, tengo algunas monedas. ¿Montamos un rato en el poni? —sugirió Cole.

Gabe levantó los bracitos como si lo hubiera entendido y, poco después, Cole y el niño desaparecieron.

Alex pidió dos pizzas y tres refrescos y luego se volvió hacia Samantha.

—Por lo visto, han visto salir a un hombre de tu casa a primera hora de la mañana.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Perdona?

—Que tres personas me han dicho que vieron salir a un hombre de tu casa.

No parecía muy preocupado por la noticia. ¿Qué significaba eso,

que le daba igual? ¿O que confiaba en ella?

—Y quieres saber quién es —dijo Samantha.

—Si tú quieres contármelo…

—Pues no sé. ¿Era un hombre alto o bajito?

—¿Has estado con más de uno?

—El alto me visita por las mañanas. El bajito suele darme mucha guerra por las noches —replicó ella, irónica.

—Ah, ya —murmuró Alex. No entendía nada pero, evidentemente, no quería preguntar.

—Por cierto, he hablado con Emily, la chica de la guardería. Quiere saber si vas a seguir llevando a Gabe o has pensado llevarlo a otro sitio.

Él negó con la cabeza.

—Supongo que lo mejor es que siga en la misma guardería. ¿Quién era ese hombre, Samantha?

Ella soltó una risita.

—Mi abogado.

—¿Y qué quería?

¿Era su imaginación o los hombros de Alex se habían relajado un poco?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Ya lo sé —suspiró él, algo avergonzado.

Samantha sonrió.

—Sólo quería ver cómo estaba. Como ayer estábamos discutiendo cuando se marchó… Por cierto, le he contado que me has pedido que me case contigo.

—¿Era necesario contárselo?

—Para mí sí. No te preocupes, está de tu lado —suspiró Samantha—. Me contó que tus padres murieron cuando eras muy joven y que ayudaste a tu abuela a criar a tus hermanos. ¿Es verdad?

Alex apartó la mirada, incómodo.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo has podido pedir la custodia de Gabe? Tú debes de saber lo que se siente cuando arrancan a alguien de tu vida.

Él se volvió entonces para mirarla a los ojos.

—Tampoco yo tengo por qué darte explicaciones, Samantha.

—Yo creo que sí. Ayer, en el tribunal, sentí como si me arrancaran el corazón. Tengo derecho a saber por qué lo haces, Alex.

—Tú sabes por qué.

—Porque es tu hijo —suspiró ella, frustrada.

—Eso es.

—No es suficiente —replicó Samantha—. Si lo haces por sentido del deber, podrías haberle pasado una pensión alimenticia, haberte preocupado por él… No tenías por qué arrebatármelo.

Alex se encogió de hombros.

—Yo no soy así. No podría mirar a mi abuela a los ojos y decirle que me niego a criar a mi hijo.

¿Cómo podía ella luchar contra ese sentimiento? Especialmente al pensar en la señora Sullivan, una mujer que había luchado tanto por sus nietos.

—Pero ella sabe que tú no querías tener hijos.

—Nunca hemos hablado de ello. Pero da igual. Decidir que no quieres tener hijos no es lo mismo que rechazar a un hijo que has concebido… aunque haya sido sin saberlo —protestó Alex—. Querías una explicación, ¿no? Pues voy a dártela: mis padres murieron en un terremoto, en Sudamérica. Mi abuela se encargó de levantar el negocio que mi padre había descuidado y de cuidarnos a todos. Siento mucho haberte herido, pero no quiero que mi abuela se lleve una decepción conmigo, Samantha.

—Entonces, ¿lo haces por ella?

—No es sólo por ella. Lo hago por mí. Nunca dejaría que otra persona criara a mi hijo.

Samantha sabía sumar dos y dos. La señora Sullivan no podía haber levantado el negocio familiar mientras criaba a seis niños, de modo que había sido él quien se había hecho cargo de esa responsabilidad.

Y no había que ser psicólogo para darse cuenta de que Alex Sullivan era un hombre responsable, un hombre que sabía lo difícil que era criar niños y lo duro que era perderlos. Lo primero explicaba por qué no quería hijos, y lo segundo, por qué necesitaba tenerlo todo controlado.

—¿Y Gabe? ¿Podrás quererlo, Alex?

Sin pensar, él apartó un mechón de pelo de su frente.

—Gabe y yo tenemos que aprender a conocernos.

—Por favor, ten paciencia con él. Necesita cariño… sólo tiene un año, pero ya ha sufrido mucho. Se ha acostumbrado a mí y…

—Si estás tan preocupada, ya sabes lo que tienes que hacer —la interrumpió él—. ¿Has pensado en mi propuesta?

Le gustaría decirle que no, fingir que no había estado veinticuatro horas pensando en ello. Pero nunca había sido una buena actriz.

—Sigo pensándolo.

—A lo mejor necesitas un poco de persuasión —sonrió Alex, acariciando su pelo.

Samantha casi se dejó tentar. Después de aquel sueño…

Pero ese sueño tenía un precio.

Y entendía los términos del «contrato». O el matrimonio, o nada.

—No, gracias —contestó por fin—. Y apártate. No creo que pudiera sobrevivir a otra dosis de «persuasión».

El deseo que había en los ojos azules del hombre era imposible de disimular.

—Una pena.

Alex insistió en que los acompañase para instalar a Gabe, de modo que antes pasaron por su casa para buscar el coche. Pero cuanto más se acercaban a la cabaña que él tenía en la montaña, más le pesaba el corazón a Samantha. A pesar de su insistencia, debería haberle dicho que no.

Pero no podía dejar a Gabe, le resultaba imposible.

—Tenías razón —dijo Alex, bajando de la furgoneta—. Gabe se ha quedado dormido.

Samantha tuvo que forzar una sonrisa.

—Siempre se queda dormido cuando va en coche. Sacad sus cosas, yo lo llevaré dentro.

Con la habilidad que da la práctica, Samantha lo sacó de la sillita sin despertarlo y, desconsolada, lo apretó contra su corazón.

—Ése es su cuarto —dijo Alex, indicando la primera puerta a la derecha—. El mío está arriba.

Se quedó sorprendida al ver que había pintado la habitación de color azul cielo y la había llenado de muebles y juguetes.

Incluso había una mecedora frente a la ventana.
—Es muy bonita.
—Gracias. Mattie sacó los muebles del ático de mi abuela. Algunos llevan casi un siglo en la familia Sullivan.
—¿Tú dormiste en esta cuna?
—Y mis hermanos —sonrió él, acariciando la cuna con el apellido Sullivan grabado en la madera—. Mi padre y mi abuelo también.
—¿Tu familia siempre ha vivido en Paradise Pines?
Sabía la respuesta, porque se había molestado en investigar a la familia Sullivan antes de hablar con Alex. Pero quería que se lo contara él mismo.
—Llevamos aquí cuatro generaciones.
Cole llegó en ese momento con una caja en las manos.
—Si no necesitáis nada más…
Alex le dio un golpecito en el hombro.
—Gracias por todo, Cole.
—De nada. Hasta pronto, Samantha.
—Adiós.
Mientras Alex colocaba las cosas de la caja, ella le cambió el pañal al niño que, afortunadamente, no se despertó.
Le habría gustado tomarlo en brazos, pero se contentó con darle un besito en el pelo. Luego se quedó mirándolo, incapaz de dejarlo todavía.
Se alegraba de que la familia de Alex tuviera raíces en Paradise Pines, de que el niño tuviera una bisabuela y un montón de tíos…
Sus abuelos maternos habían muerto antes de que ella naciera y Samantha apenas recordaba a sus abuelos paternos. Vivían en la costa este, de modo que sólo los había visto un par de veces en su vida. Y la impresión que le habían dado había sido la de dos ancianos que no sabían qué hacer con una niña de seis años.
Afortunadamente para Gabe, la abuela de Alex, su bisabuela, era una persona muy cariñosa.
—Estará bien aquí, Samantha —dijo él entonces en voz baja.
—Sí, lo sé —contestó ella sin mirarlo, con la voz estrangulada por la emoción.
—No te preocupes, todo se arreglará —murmuró Alex, poniéndole una mano en el hombro.

«Sí», intentó decir ella, pero no le salió. Estaba demasiado emocionada. Sería tan fácil apoyarse en su pecho, dar un paso atrás y decirle que sí, que se casaría con él…

Pero no podía sacrificar su más ferviente deseo.

—Ven, te acompaño al coche —dijo Alex entonces.

Resignada, Samantha salió de la habitación. Pero cuando estaba sentada frente al volante, él se inclinó para darle un beso en los labios.

Con los nervios, apenas lo oyó decir:

—Piensa en lo que te he propuesto.

Alex se sentó de golpe en la cama, sobresaltado.

Gabe estaba llorando.

Medio dormido, apartó las mantas de golpe y se puso el pantalón del chándal. Cuando miró el reloj, comprobó que eran las tres de la mañana.

Al entrar en la habitación del niño vio que estaba de pie sobre la cuna, agarrado a los barrotes de madera, llorando a todo pulmón.

—¿Qué pasa, Gabe? ¿Quieres que te cambie el pañal? ¿Quieres un biberón?

—Mamá —lloraba el niño, con la carita enrojecida.

—No pasa nada. Voy a cambiarte el pañal y ya verás cómo te encuentras mejor enseguida —murmuró Alex, nervioso.

—Mamá, mamá —seguía llorando Gabe.

—Lo siento, chaval. Estamos solos.

Quería que se sintiera a gusto en su casa, pero no era tan sencillo. Y tampoco fue tan sencillo cambiarle el pañal. ¿Cómo lo había hecho Samantha? En sus manos, todo parecía tan fácil…

—¡Mamá, mamá!

Gabe daba patadas, no se dejaba cambiar el pañal y Alex se desesperó. El niño no paraba de gritar, tanto como para que sus vecinos sospecharan que allí estaba teniendo lugar un asesinato.

Por fin, después de la lucha, Alex consiguió ponerle el pañal.

Era lo más lógico. Al fin y al cabo, él tenía un máster en educación infantil, se dijo, orgulloso de sí mismo. Y llevaba trece años educando a los niños de Paradise Pines.

Pero no. No sirvió de nada.

—¡Ma-má, ma-má! —seguía llorando Gabe, angustiado.

Alex preparó un biberón, pero el niño apartaba la cara cada vez que intentaba dárselo. Ni siquiera su peluche favorito conseguía calmarlo.

Tiró el biberón al suelo, rechazaba los juguetes y se apartaba de él cuando intentaba tocarlo…

Dos horas después, agotado, se quedó dormido. Justo entonces empezaba a amanecer.

Temiendo hasta respirar, Alex lo cubrió con la mantita.

Y pensar que había esperado que la primera noche de su hijo en casa fuera pacífica…

Capítulo 6

Samantha no durmió mucho ni el viernes ni el sábado. El domingo, a las cinco de la madrugada, se echó una manta sobre los hombros y salió al porche para ver amanecer. La casa le parecía vacía, solitaria.

Era curioso lo pronto que se había acostumbrado a Gabe. ¡Qué rápido había desarrollado su instinto maternal! Sólo después de perder al niño se dio cuenta de lo sola que se sentía sin él.

Recordaba el día que nació, el día que su hermana salió del hospital, cómo lo apretaba contra su corazón durante el funeral de su madre…

No había tenido la menor duda de que su obligación era cuidar de él y enseguida formaron una familia. Los dos, solos en el mundo.

Y entonces encontró a Alex.

El sol empezaba a levantarse sobre el horizonte y sus primeros rayos iluminaron el rocío sobre las hojas de los árboles. La belleza del paisaje hizo que el corazón de Samantha se llenara de esperanza.

Un nuevo día significaba un nuevo comienzo.

Debía enfrentarse con los hechos, se dijo. No tenía por qué perder a Gabe. Y para eso había una solución: casarse con Alex.

Luchar contra él para conseguir la custodia del niño era absurdo…

Estaba considerando esa posibilidad cuando vio que un coche azul aparcaba delante de su casa. Pero en lugar de salir, el conductor apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Curiosa, Samantha se levantó del balancín y fue a comprobar qué hacía Alex en la puerta de su casa a las seis de la mañana.

Y para saber cómo estaba Gabe.

El niño estaba dormido en la sillita. Pero Alex parecía exhausto.

Algo había ido mal aquella noche.

Samantha llamó a la ventanilla y Alex dio un respingo.

—Hola.

—Hola. ¿Quieres pasar?

—No —contestó él, mirando hacia atrás—. Está dormido. No quiero que se despierte.

—Podemos sentarnos en los escalones —sugirió Samantha entonces.

—De acuerdo.

—¿Qué ha pasado?

—Ese niño no duerme nunca —suspiró Alex—. Y si él no duerme, yo tampoco.

—Le pasó lo mismo cuando su madre murió —explicó Samantha —. Sólo volvió a recuperar el sueño cuando se acostumbró a estar conmigo.

Un brillo de esperanza se encendió en los ojos azules del hombre.

—¿Cuánto tiempo tardó, un par de días?

—Un par de semanas. Bueno, en realidad, un mes.

Alex levantó los ojos al cielo.

—No puedo seguir levantándome a medianoche. Tienes que casarte conmigo, Samantha.

Ella tuvo que contener una risita. Alex Sullivan, tan seguro de sí mismo… Así aprendería. Cuidar de un niño no era tan fácil como había creído.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Llorar.

—¿Se ha hecho pis en la cuna?

—Varias veces. Y en mi albornoz.

—Ah, eso es imperdonable. Será mejor llamar al juez ahora mismo —bromeó Samantha.

—Me siento fatal —suspiró Alex—. El pobre no duerme, yo no duermo… Y no deja de llorar. Por favor, dime que a partir de ahora será más fácil.

—No puedo decirte eso. Te estaría mintiendo.

—Por favor…

—No te lo tomes así, hombre. Estas cosas llevan su tiempo. Y te ayudaré, no te preocupes. He pensado mucho estos días y creo que

he puesto las cosas en perspectiva.

—¿Y has decidido casarte conmigo? —preguntó Alex, esperanzado.

Samantha tenía que tomar una decisión. Y quizá aquél era el momento.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues… porque el matrimonio no es algo sobre lo que se pueda o se deba ser práctico. Cuando uno se casa, se compromete a querer y a cuidar de esa persona toda la vida, Alex. Siempre estaré aquí si me necesitas, pero yo también quiero tener una familia.

—Gabe y yo podemos ser tu familia —insistió él.

Aquel hombre era más tenaz que un bulldog, pensó Samantha.

—Estoy hablando de un marido que me quiera, de tener hijos propios. Y seguro que no es eso lo que tú tienes en mente.

Alex apartó la mirada.

—No. Yo puedo darte pasión, fidelidad. Y puedo prometerte que ni a ti ni a Gabe os faltará nada.

Samantha estudió su perfil. No dudaba de su sinceridad. Alex Sullivan era un buen hombre intentando hacer lo que le parecía mejor.

—¿Y si yo quisiera tener otro hijo?

Su mirada fue respuesta suficiente. No podía darle todo lo que quería.

Sabiendo que había tomado la decisión adecuada, pero sintiéndose absurdamente triste, Samantha dejó escapar un suspiro.

Gabe despertó en ese momento y, al verla, empezó a dar patadas y a levantar los bracitos.

—¿Cómo está mi niño? —sonrió Samantha, acariciando su barriguita—. Lo estás pasando bien, ¿no?

—Mamá —sonrió Gabe cuando ella lo tomó en brazos. Pero luego procedió a regañarla. Tomó su cara entre las manos y empezó a decirle en su incomprensible lenguaje que no estaba nada contento. Samantha lo supo porque repitió la palabra «malo» varias veces.

—¿Ah, sí? ¿No me digas? Pero tú eres un niño muy valiente.

Alex hizo una mueca.

—Lo que no sé es si yo lo soy.

—Ven, vamos a desayunar.

Mientras Samantha preparaba el desayuno, Alex se tumbó en el sofá del salón. Pero cuando lo llamó y no obtuvo respuesta, decidió ir a investigar.

Estaba completamente dormido. Parecía incomodísimo en el sofá y le dio pena. Pobre Alex, aquellos días debían de haber sido terribles para él. Intentando que estuviera un poco más cómodo, Samantha le quitó los zapatos y lo cubrió con una manta.

Alex se movió entonces y estuvo a punto de caerse del sofá.

—Despierta. Te vas a caer.

Él abrió un ojo azul. Luego el otro. Y luego cerró los dos. Entonces se dio la vuelta y, al mover el brazo, la empujó sin querer, tirándola sobre el sofá.

—Buenos días, Samantha —murmuró, medio dormido.

—Alex, suéltame —protestó ella, intentando apartarse.

No hubo respuesta. Se había vuelto a quedar dormido.

Samantha empujó y empujó, pero no pudo moverse. La tenía atrapada. Y todo en aquel hombre era duro, masculino…

—Alex, tienes que soltarme. Gabe está solo en la cocina y…

—Hazme el amor.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Qué?

Por primera vez en su vida estaba experimentando un sofoco. Y Alex no la soltaba. Y no sería justo sucumbir a la tentación en esas circunstancias, se dijo.

—Tengo que irme. Gabe está solo en la cocina…

—Samantha, danos una oportunidad —dijo Alex entonces, abriendo los ojos.

—No puedo. Por favor, suéltame.

Él tardó unos segundos en obedecer, pero al final lo hizo, resignado. Samantha se levantó, nerviosa, arreglándose el pelo.

—Será mejor olvidar lo que ha pasado.

Alex se incorporó, arrugando el ceño.

—Será fácil porque no ha pasado nada.

—Duerme un rato, anda. Yo voy a darle el desayuno a Gabe.

Él volvió a tumbarse en el sofá, suspirando.

—Despiértame cuando estés dispuesta a casarte conmigo.

El lunes a las nueve de la mañana, el móvil de Samantha empezó a sonar.

—¿Sí?

—Soy Emily —contestó la chica que cuidaba de Gabe. Emily, una chica sudamericana de piel impecable y nervios de acero, jamás la llamaba durante el día. De modo que había pasado algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Samantha, nerviosa—. ¿Gabe está bien?

—Sí, bueno… No deja de llorar y se niega a tomar el biberón. Creo que está histérico. Empezó a llorar cuando Alex lo dejó en la guardería y no ha parado desde entonces.

—Pobrecito mío —murmuró Samantha, angustiada—. No se adapta al cambio.

—Ya me imagino.

—Alex ha estado despierto todo el fin de semana.

—Lo he llamado al móvil, pero iba a San Diego para dar una conferencia y no cree que pueda volver antes de una hora. ¿Puedes venir tú? —preguntó Emily—. De verdad, yo no sé qué hacer. Los otros niños están empezando a llorar también.

—Puedo ir a verlo, pero no puedo llevármelo sin permiso de Alex.

Emily dejó escapar un suspiro.

—Eso no es problema. Alex ha dado tu nombre como persona de contacto en caso de que le ocurriera algo al niño. ¿Puedes venir ahora mismo?

¿Alex había dado su nombre? Samantha no sabía qué pensar. ¿Qué significaba eso? ¿Tanto confiaba en ella? Que no se lo hubiera dicho hacía que el gesto fuera más conmovedor.

No respiró tranquila hasta que llegó a la guardería. El pobre Gabe se abrazó a ella como desesperado, con el cuerpecillo temblando de fatiga. Parecía más delgado, como si hubiera perdido peso. Y si no había parado de llorar, seguramente habría perdido fluidos.

Samantha sabía que retrasaba el ajuste a su nueva vida cada vez que iba a verlo, pero no podía dejarlo llorando…

De modo que quizá debía dejar de rescatarlo cada vez que lo pasaba mal y estar con él todo los días, se dijo.

Cuando le ofreció el biberón, Gabe lo agarró con una mano, pero con la otra siguió aferrando a Samantha, como si temiera que fuese a desaparecer. Unos segundos después, se había quedado dormido.

—Pobrecito mío.

—Lo está pasando fatal —suspiró Emily—. Yo esperaba que se calmase cuando reconociera la guardería y a los otros niños, pero no ha habido manera.

—Siento que te haya dado problemas.

—No, por favor. Ojalá hubiese podido hacer algo.

Cuando estaba colocando a Gabe en la sillita del coche, Alex llegó a la puerta de la guardería.

—He llegado tan pronto como he podido. ¿Qué tal está?

—Ahora, dormido. Pero lo ha pasado fatal —suspiró ella—. Alex, tenemos que hacer algo. El niño se está poniendo enfermo.

—Vamos a mi casa. Hablaremos allí.

Alex insistió en llevar a Gabe en brazos hasta la cuna, pero cuando el niño abrió los ojos se puso a llorar desconsoladamente.

Samantha se acercó corriendo para consolarlo y Gabe dejó de llorar de inmediato. Era todo lo que necesitaba.

Unos minutos después, Alex y Samantha salían de la habitación, cada uno más angustiado que el otro.

—Voy a hacer café —suspiró Alex.

—Me gusta tu casa —intentó sonreír ella.

Mientras iban hacia la cabaña había tomado una decisión: se casaría con Alex. Ver cómo su presencia calmaba la angustia del niño había hecho que se decidiera. El problema era que no sabía cómo decírselo.

—¿Por qué no te vienes a vivir aquí? —preguntó Alex.

Ella carraspeó, nerviosa. Todo parecía tan frío…

—No sé…

—Lo he intentado todo, Samantha. Ya no sé qué hacer —suspiró Alex, angustiado—. No quiero que el niño sufra, pero…

—Muy bien, me casaré contigo —dijo Samantha entonces.

Ya estaba. Lo había dicho.

Alex no reaccionó enseguida. Pasaron varios segundos y no dijo nada. Su expresión no cambió en absoluto. Un minuto después, Samantha se preguntó si habría dejado de respirar.

—Si sigues queriendo que nos casemos, claro.

Sin decir nada, Alex dio un paso adelante, tomó su cara entre las manos y le dio un beso.

No hacía falta más. Sólo un beso. Cada vez que Alex la besaba, se sentía consumida de pasión, sentía que estaba en un lugar desconocido, con sentimientos desconocidos para ella.

Enredaba los brazos alrededor de sus hombros, pero quería estar más cerca… mucho más.

—Sigo deseándote —dijo Alex por fin.

—¿Sigues queriendo casarte conmigo? —consiguió decir Samantha en voz baja.

—Es la única forma —contestó él, pasando un dedo por sus labios—. Y cuanto antes, mejor.

Luego volvió a besarla, con una desesperación que era reflejo de la suya. Cuando la soltó, a Samantha le costaba trabajo permanecer de pie.

—Pero con una condición —dijo entonces, agarrándose a la mesa.

—¿Cuál?

—No haremos el amor hasta que estemos casados.

Alex la miró, perplejo.

—¿Por qué?

Ella miró alrededor.

—Pues… porque Gabe no es el único que debe acostumbrarse a… esta nueva situación.

—Esto no es un juego, Samantha. Vamos a ser una familia de verdad.

—Por eso. Tenemos que conocernos un poco mejor. Además, ahora mismo no estoy tomando nada y… me refiero a métodos anticonceptivos.

Alex se pasó una mano por el pelo, mirándola con cara de resignación.

—Muy bien, acepto tus condiciones.

—Me alegro.

—¿Qué haces el sábado?

Capítulo 7

Alex y Samantha decidieron celebrar la decisión yendo al puerto. Pero sonó el teléfono cuando estaban a punto de salir.

—Hola, cariño —lo saludó su abuela—. Me han dicho que tuviste que ir a buscar al niño a la guardería. ¿Pasa algo?

—En realidad, Samantha fue a buscarlo —contestó Alex—. Ella me ha ayudado a dormirlo… o, más bien, ella ha conseguido que se durmiera. Pero ahora todo está bien. Nos vamos al puerto.

—Ah, yo también quiero ir. Así podré conocer a Samantha un poco mejor.

Y él esperando un día romántico… En lugar de una tarde encantadora con Samantha y Gabe, lo que había conseguido era tener como carabina a su abuela.

Pero una vez en el puerto, se animó. Hacía un día perfecto para dar un paseo en barco. El cielo era de un azul precioso y la brisa, fresca y agradable. No podía pedirse nada más.

Perfecto también fue que su abuela decidiera bajar al camarote para que a Gabe no le diera el sol. Así pudo quedarse a solas con Samantha.

Ella estaba tumbada sobre una manta en cubierta. Llevaba una camiseta de manga larga y unos pantalones cortos de color azul que dejaban al descubierto sus largas y bien torneadas piernas.

Alex arrugó el ceño. En San Diego no se podía tomar a broma el sol. La agradable temperatura solía engañar a la gente, que terminaba con quemaduras de segundo grado.

Y él no quería que se quemara esa piel tan bonita, de modo que sacó la crema solar.

—Hola.

—Hola. ¿No estás llevando el timón?

—No, prefiero estar aquí contigo.

—¿Y tu abuela?

—Ha bajado al camarote con Gabe. No quiere que le dé el sol. Así que estamos solos… tú, yo… y las gaviotas.

Samantha soltó una carcajada.

—Gracias por traernos aquí. Es maravilloso. Casi me siento culpable por hacer novillos.

—Mentirosa.

—He dicho «casi».

—Tengo que ponerte crema en las piernas —dijo Alex entonces.

—¿Tienes que hacerlo? —bromeó ella. Empezaba a encontrar divertido aquel juego.

—Si no quieres…

—No me importa.

—Pues túmbate. Voy a ponerte un poco. No querrás quemarte esas piernas tan preciosas, ¿verdad?

Le gustaba sentir las fuertes manos del hombre sobre su piel, no podía negarlo. Le gustaba sentir aquellos dedos largos recorriendo sus piernas de arriba abajo… pero cuando los metió por el bajo del pantalón se puso tensa.

—Cuidado…

—Perdona —se disculpó Alex, con el tono de alguien que no está en absoluto arrepentido—. Ya está —dijo entonces, dándole un azote en el trasero.

—¡Oye!

—¿Sí?

Riendo, Alex se quitó la camisa y se tumbó sobre la manta. No había tenido un momento de paz en todo el día y le gustaba estar así, tumbado con Samantha.

Cuando le había dicho que estaba dispuesta a casarse con él… eso sí había sido una sorpresa. Naturalmente, sabía que lo hacía por el niño.

Un fin de semana a solas con Gabe le había demostrado que no era capaz de cuidar de él. El pobre niño estaba deshidratado y angustiado… ¿Qué más prueba quería Samantha de que padre e hijo la necesitaban?

Entonces, ¿por qué se sentía decepcionado? ¿Por qué, si había conseguido lo que quería, se sentía insatisfecho?

No había cambiado de opinión, desde luego. Todo lo contrario.

Porque la idea de cuidar solo de Gabe le daba pánico. Sin

embargo, seguía sintiéndose insatisfecho.

Al sentir la crema fría en su espalda, Alex levantó la cabeza.

—¿Qué haces?

—No te muevas. No querrás quemarte la espalda, ¿verdad? —sonrió Samantha—. Voy a darte crema. Es mi turno.

Mientras le ponía la crema, Alex tuvo que disimular un gemido de placer. Lo que le hacía no era decente y no debería hacerse en público, desde luego. Pero se sentía demasiado débil como para protestar.

Sólo podía soportarlo. Y disfrutar.

La venganza nunca había sido tan dulce. Sentándose sobre él, Samantha extendió la crema por su espalda con movimientos eróticos…

—Para o no seré capaz de hacer honor a la promesa que te he hecho.

—Confío en tu autocontrol —rió ella.

—Pues yo no. Compórtate.

—Tú no lo has hecho.

—La próxima vez lo haré —dijo Alex.

—Vaya, espero que no.

Él soltó una carcajada, encantado de su sinceridad.

—Muy bien, no me comportaré.

—Tu abuela no está de acuerdo —dijo Samantha.

Era martes por la noche y estaban cenando en un restaurante de San Diego.

Las luces del puerto se mezclaban con las luces de la bulliciosa ciudad, creando un decorado alegre y lleno de vida.

—Mi abuela es una romántica —suspiró Alex—. Pero se acostumbrará. Dentro de diez años o así.

—No te rías —protestó Samantha—. Esto podría cambiarlo todo.

Alex se quedó parado, con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

—¿Qué quieres decir?

—No sé… Pero tu abuela es una parte importante de la familia. No podemos dejar de hacer caso a sus objeciones.

Alex masticó despacio y luego tragó con un marcado

movimiento de la nuez.

—Ya hemos acordado que nos casaríamos. ¿Estás diciendo que has cambiado de opinión?

—No, claro que no —contestó ella—. Pero tampoco quiero causar un problema en tu familia.

—No vas a causar ningún problema —dijo Alex, apretando su mano—. Créeme. En mi familia no siempre estamos de acuerdo, pero siempre nos apoyamos unos a otros. Mi abuela no desaprueba nuestro matrimonio, lo que pasa es que no le gusta que lo hagamos tan rápido.

Era lógico. La propia Samantha estaba nerviosa por todo aquel asunto.

—Entonces, ¿crees que estoy exagerando?

—Un poco.

—Sí, bueno, supongo que me he vuelto un poco paranoica con lo de Gabe. Sólo quiero que el niño sea feliz.

—Es normal —sonrió Alex, levantando su mano para darle un beso—. Pero las cosas serán más fáciles cuando nos casemos. Y ahora, termina de cenar. Quiero enseñarte un sitio.

A Samantha le encantaba que fuera tan cariñoso, que le diera besitos en la mano… Esos gestos tan anticuados le parecían conmovedores.

—¿Qué quieres enseñarme?

Alex levantó su copa de vino, con un brillo burlón en los ojos.

—Ya lo verás.

La llevó a Sullivan's, la joyería familiar. A las once no había actividad comercial en el distrito de Gaslamp, pero los turistas que visitaban las discotecas y los bares llenaban las calles. Y su alegría era contagiosa.

Alex sacó una llave, desactivó la alarma y levantó el cierre. Luego desactivó una segunda alarma y abrió la puerta de la joyería.

—Bienvenida a Sullivan's —dijo, señalando alrededor.

El olor a flores frescas la sorprendió. Y, sobre todo, los cuadros que colgaban en las paredes. Eran de un artista local que había logrado fama internacional. Ciertamente, Sullivan's era una joyería muy elegante.

—Muy bonita —sonrió Samantha, mirando alrededor—. Y cuando las joyas estén colocadas en las estanterías debe de ser

impresionante.

—Yo no sé mucho de joyas, eso es cosa de mi hermano Rett. Y de Rick, claro. Pero sí, cuando las joyas están colocadas en las estanterías es bastante impresionante.

—¿Tus hermanos son los propietarios de la joyería?

—No, la fundó mi bisabuelo y es una empresa familiar. Cada uno de nosotros es propietario de una parte. De ésta, de la que tenemos en La Jolla y de la que se abrirá en Rodeo Drive el año que viene.

Samantha lo miró, sorprendida.

—¿En Rodeo Drive, Beverly Hills?

—Eso es.

—¡Qué maravilla! Eso sí que es lujo.

—Rett y Rick son el alma de la empresa. Rett es el diseñador, y Rick, el hombre de negocios. Y juntos han logrado que Sullivan's se convierta en la joyería número uno en San Diego —contestó Alex, desactivando una tercera alarma.

Aquel sitio parecía más seguro que el banco de Inglaterra.

—¿Seguro que podemos entrar aquí?

—Claro. Rett me ha dado la combinación esta mañana.

—¿La combinación?

—Ésta es la caja fuerte —sonrió Alex, señalando una puerta de acero.

Al otro lado de la puerta había una salita con estanterías de acero, una mesa y dos sillas.

—Alex, ¿para qué me has traído aquí?

—Para elegir tu anillo de compromiso y las alianzas.

Diamantes, rubíes, esmeraldas, perlas… todas las gemas imaginables estaban allí, delante de ella. Samantha no se lo podía creer. Y cada una era más hermosa que la anterior.

—Elige uno —la animó Alex.

—Pero yo… no puedo —empezó a decir Samantha, abrumada—. No puedo aceptar esto.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado.

—No sabía lo que te gustaba, así que le pedí a Rett que dejase preparada una variedad de estilos y piedras.

—No puedo —insistió ella.

No podía aceptarlo porque era demasiado. Y demasiado poco. Demasiado porque eran piedras de gran valor… seguramente cualquiera de esos anillos valdría un cuarto de lo que ella ganaba al año. Y demasiado poco porque no había ningún sentimiento que correspondiese al gesto. De modo que sería un gasto inútil.

Cada vez que mirase aquel símbolo en su dedo, se acordaría de por qué había aceptado casarse con Alex.

—¿No tenéis alianzas normales?

Él se echó hacia atrás en la silla, sorprendido.

—¿Qué pasa, Samantha? Tú tienes muy buen gusto, así que deberían gustarte…

—No es eso —lo interrumpió ella, mirando un zafiro rodeado de diamantes—. No quiero que me compres un anillo, Alex. Especialmente, en nuestra situación.

—Nuestra situación es que vamos a casarnos —le recordó él—. Intercambiar anillos es la costumbre.

—Sí, ya. Pero nuestras circunstancias son diferentes.

—¿Por qué? ¿Por qué estamos siendo prácticos? ¿Eso significa que estamos menos comprometidos? ¿Que nuestro matrimonio no puede funcionar?

—Sí. No. No lo sé —suspiró ella—. Me estás confundiendo.

—Nuestro matrimonio va a ser real, Samantha. Real. El compromiso, la fidelidad, las promesas…

—Promesas de amarnos, honrarnos y cuidar el uno del otro.

—El amor muere, se acaba en algún momento. Es mejor casarse sabiendo lo que hacemos.

—¿Tú crees que eso lo hace real? ¿Que es suficiente para que funcione?

—Sí, lo creo —contestó Alex—. Entre nosotros hay algo más que deseo; tenemos un propósito. Los dos queremos darle una familia a Gabe. Y, además, nos gustamos.

Sí, eso era verdad. Se gustaban. Alex no mantenía en secreto que la deseaba. Y seguramente tampoco ella podía evitar que se le notase. Cada vez que la tocaba en público se le aceleraba el corazón, y cuando estaban solos… le resultaba difícil mantener la condición que le había impuesto.

Sí, quería casarse con él, no había cambiado de opinión. Pero una alianza sencilla sería más que suficiente.

—Muchos matrimonios no duran ni seis años —siguió Alex—. El mío se acabó ahí.

¿Seis años? No sabía que hubiese durado tanto.

—La pérdida de tu hija debió de ser un golpe durísimo para los dos.

—Sí, pero fue más que eso. Mi mujer y yo queríamos cosas diferentes de la vida.

—Ah —murmuró Samantha. No quería preguntarle, pero tenía que saber. Así podría aprender del pasado—. ¿Por qué queríais cosas diferentes?

Alex se encogió de hombros. Había abierto la puerta del pasado, pero no parecía querer decir más.

—Eran cosas pequeñas. Y algunas importantes también, supongo. Ella quería tener hijos, yo no. Pensaba que, con el tiempo, cambiaría de opinión, y como no lo hice se quedó embarazada sin decírmelo. Pero era mi mujer y estaba embarazada de mi hija. Por supuesto, la apoyé. Y me enamoré de la niña la primera vez que vi una ecografía.

—Alex… —murmuró Samantha, apretando su mano—. ¿Perdió a la niña?

—Fue un parto prematuro. Mi hija nació a los seis meses. Yo iba con mi mujer al ginecólogo siempre que podía, pero me perdí una consulta… precisamente en la que le dijeron que el feto tenía ciertos problemas y le recomendaron reposo absoluto. Pero mi mujer no hizo caso.

—¿Por qué no? ¿Por qué se arriesgó?

—Porque tenía que fumar en alguna parte —contestó Alex—. Me había engañado también en eso. Según ella, había dejado de fumar, pero no era verdad. Seguía fumando en el trabajo, aunque el médico se lo había prohibido terminantemente. Su egoísmo nos hizo sufrir a los dos y destruyó el amor que sentía por ella.

—Entiendo.

—Mi hija existió el tiempo suficiente como para que yo me enamorase de ella y luego desapareció.

—Lo siento —murmuró Samantha.

—Lo he dejado atrás, es el pasado. Pero quiero que entiendas por qué confío más en los objetivos que en las emociones. Quiero que te pongas uno de estos anillos como promesa de que nuestro

matrimonio va a funcionar.

—Alex… —Samantha no sabía qué decir. El dinero podría no ser importante para él, pero lo era para ella. No quería aceptar más de lo que podía dar.

—Por favor.

—Esto es demasiado. No necesito nada tan extravagante para saber que eres sincero, de verdad. Sólo quiero una alianza sencilla.

—El dinero no importa, Samantha. Y esto no tiene nada que ver con Gabe. Es entre tú y yo. Una alianza sencilla estaría bien, pero… —Alex tomó de la bandeja precisamente el anillo con el zafiro—. Estarías muy guapa con éste.

Le quedaba perfecto, como si estuviera hecho para ella.

La resolución de Samantha empezaba a desvanecerse. ¿Cómo podía decir que no? Rechazar aquel anillo sería como rechazarlo a él. Algo que no tenía ningún deseo de hacer.

De modo que levantó la mano para admirar el brillo del zafiro.

—Es precioso.

Alex sonrió mientras besaba sus dedos uno a uno.

—Será mucho más bonito con una alianza al lado.

Capítulo 8

Una semana después, Samantha corría hacia el gimnasio del instituto. Tenía una cita con Alex en… Samantha apartó la manga de la chaqueta para mirar el reloj: cinco minutos. Perfecto. Justo el tiempo necesario antes de que empezara el partido de baloncesto.

Esperaba que Alex le hubiera puesto a Gabe un jerseycito. Hacía un poco de fresco para el niño. Paradise Pines en febrero era helador comparado con Arizona.

Le resultaba difícil creer que había aceptado casarse con él. Y, desde entonces, el tiempo parecía haber tomado una nueva dimensión: el tiempo real y el tiempo Sullivan.

Para que Gabe se acostumbrase a la nueva situación sin traumas, lo llevaba todas las mañanas a la guardería y pasaba todas las tardes con ellos. Alex también hacía su parte: iba a buscarlo a la guardería por la tarde, le daba de cenar y lo metía en la cuna. Y cada día, el niño se acostumbraba un poco más al cambio.

Como Alex y ella empezaban a acostumbrarse el uno al otro… cuando Gabe se iba a dormir. Samantha conocía sus gustos sobre música y cine mejor que los suyos propios.

Y otras cosas. Pero tenía cuidado de escapar antes de que fuese demasiado tarde, aunque cada noche le resultaba más difícil.

Cuando estaban juntos, la realidad se volvía borrosa y la proximidad física, el deseo que sentían el uno por el otro, tomaba la apariencia de un compromiso emocional. Sola en la cama, Samantha se regañaba a sí misma, diciendo que debía recordar por qué iba a casarse con Alex Sullivan. Porque, aunque la línea que separaba la realidad del sueño se hacía borrosa cuando estaba con él, intuía que Alex no sentía lo mismo.

Iba corriendo a toda velocidad cuando lo vio en la puerta del gimnasio. Estaba consolando a una animadora, que lloraba sobre su hombro. La consolaba cariñosamente… muy cariñosamente en su

opinión.

La mayoría de los hombres se derretía al ver a una mujer llorando. Pero Alex no; él conocía a los chicos y sabía cómo hablar con ellos. Era un buen director de instituto.

Una pena que no pudiera llevarse eso a casa, pensó. Seguía mirando a Gabe con cierta distancia. Jugaba con él y era cariñoso, pero nunca bajaba la guardia.

Alex seguía hablando con la chica, que poco a poco empezaba a calmarse y, unos segundos después, volvió a entrar en el gimnasio con una sonrisa en los labios.

—Hola.

—Hola, Samantha —sonrió Alex—. ¿De dónde sales?

—De la consulta. ¿Qué le pasaba a esa chica? —preguntó ella, fingiendo desinterés.

—No estoy seguro. Algo sobre un perro que se llama *Queenie*, un chico que no quiere salir con ella y unos kilos de más.

—Ah. ¿Y cómo has conseguido que dejase de llorar?

—Le he contado la historia de un chico al que se le cayeron los pantalones delante de todo el colegio.

—¿Y se le ha pasado el disgusto?

—Es una adolescente. A un chico se le caen los pantalones y ella se muere de risa.

—Ese chico no serías tú, ¿verdad?

En lugar de contestar, Alex tomó su mano.

—Vamos, Gabe está con el entrenador Anderson…

—¿Eras tú?

—Mi hermano Rick, pero no le digas que te lo he contado o me mata —sonrió Alex.

Acababa de sonar el silbato del árbitro y él tiraba de su mano, pero Samantha lo llevó hasta una esquina.

—Tenemos que entrar —la urgió él.

Samantha le echó los brazos alrededor del cuello.

—Esto por ser tan bueno —murmuró, dándole un beso en los labios.

—¿Bueno? ¿Tengo que soportar las lágrimas de una adolescente y sólo soy bueno? Venga, tú puedes hacerlo mejor.

Siguieron besándose como dos crios entre las sombras. A Samantha le gustaba tanto besarlo… le gustaba tanto sentir su

cuerpo apretado contra ella… La hacía sentirse viva, querida, deseada.

Sí, era más que bueno. Era fabuloso.

Alex levantó la cabeza y sujetó la suya hacia atrás para mirarla a los ojos.

—Muy bien, lo reconozco. Eres malo, muy malo.

—Tenemos que parar, Samantha —murmuró él, sin dejar de besarla en el cuello.

—¿Por qué? Estamos comprometidos.

—Sí, es verdad. Pero no estamos casados —le recordó Alex.

Sabiendo que ésa había sido su condición, Samantha dejó escapar un suspiro.

—No eres sólo malo, eres peor.

El jueves, Samantha volvió tarde de una reunión en San Diego, de modo que no pudo ir a casa de Alex. Echaba de menos a sus chicos, pero pensó que estar solos sería bueno para ellos.

Eran las diez cuando el timbre del microondas anunció que su cena estaba lista. Olía bien, pero cuando sirvió los espaguetis en el plato vio que tenían un aspecto muy poco apetitoso.

No podía creer que hubieran pasado sólo dos semanas desde que el juez le dio la custodia a Alex. Dos semanas. Tenía la impresión de que había pasado toda una vida.

Afortunadamente, Gabe dormía bien y había dejado de llorar. Eso era lo más importante, pensó mientras probaba su triste y solitaria cena.

Alex había dicho que quería casarse enseguida, pero seguían sin fijar una fecha. Le preguntaría al día siguiente, decidió. Tenía que empezar a hacer planes.

No quería una boda exagerada, con muchos invitados. No, algo sencillo. Si no podía ser romántica, que al menos fuera elegante.

La verdad era que no sabía bien lo que quería… o más acertadamente, no sabía lo que debía querer. La niña que había en ella, la adolescente soñadora y la mujer apasionada que era, pedían a gritos una boda de ensueño, un matrimonio para siempre. Pero…

En ese momento sonó el timbre de la puerta y cuando salió a abrir vio a Alex en el porche. No la sorprendió su presencia.

Lo que la sorprendió fue que iba vestido de esmoquin.

¡De esmoquin! Y llevaba un ramo de flores en la mano. Además, detrás de él había una limusina.

—¡Hola!

—Hola, preciosa. Esto es para ti.

—Gracias —sonrió Samantha, confusa—. Hoy no es el día de San Valentín.

—No, ya lo sé. Son para mi novia —contestó él, después de aclararse la garganta—. ¿Quieres casarte conmigo, Samantha?

A ella se le encogió el corazón. Ésas eran las palabras que necesitaba oír en aquel momento. Dejando los asuntos prácticos a un lado, una mujer necesitaba que se lo pidieran.

—Ya te he dicho que sí.

—Y me alegro —sonrió Alex, señalando la limusina—. Pero digo ahora mismo. ¿Quieres escaparte conmigo a Las Vegas?

Samantha se quedó boquiabierta.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—¿Seguro que quieres hacerlo, Alex? ¿Y tu familia? ¿Y tu trabajo?

Él la abrazó como respuesta. Podía parecer un poco nervioso, pero era tan sólido como siempre. Y cuando levantó su barbilla con un dedo para besarla, era el Alex Sullivan más sexy que Samantha había visto nunca.

—Lo he arreglado todo para que los dos tengamos tres días libres. Gabe está en la limusina y el resto de mi familia estará dispuesta cuando tú digas.

Ah, de modo que aquel momento de «espontaneidad» estaba más que preparado. A Samantha casi le dio la risa.

—Bueno, ¿y a qué estamos esperando?

—A nada —sonrió él, apretándola con fuerza—. No puedo esperar más. Estoy deseando hacerte mía.

En realidad, también ella estaba deseando hacerlo suyo.

—Necesito cinco minutos. ¿Puedes esperar?

—Sí, pero no tienes que llevar mucho. Compraremos lo que haga falta en Las Vegas —sonrió Alex—. Y después de la boda, no te hará falta nada en absoluto.

—Ah, muy bien. Entonces, llevaré poca cosa.

El viaje de seis horas desde Paradise Pines hasta Las Vegas pasó en un soplo. En cuanto la limusina entró en la autopista, la señora Sullivan… la abuela, anunció que estaban celebrando la despedida de soltera.

—¿Una despedida de soltera? ¿Aquí? —rió Samantha.

—Por supuesto. Hay que hacer las cosas bien. Aunque todo sea muy rápido, debemos respetar las tradiciones. Mattie ha traído los regalos.

Samantha no debería haberse sorprendido. Los Sullivan eran así. De modo que, muerta de risa, aceptó la copa de champán que Alex le ofrecía y empezó a abrir regalos.

El niño estaba encantado con aquel multitudinario viaje. ¡Incluso habían llevado una tarta!

Y Samantha veía a Alex mirándola por el rabillo del ojo, pendiente de ella. ¿Qué más podía pedir?

Alex empezó a relajarse. Iba a casarse con Samantha, como habían decidido. Y ella parecía feliz. Pronto estaría en su cama y en su vida, cuidando de él y de Gabe. Permitiendo que se distanciara del niño lo suficiente como para proteger su corazón.

Aunque ya no le importaba demasiado. Estaba enganchado al niño. Cuando miraba a Gabe, sentía el deseo de protegerlo, de cuidar de él. Pero un instinto primitivo, más fuerte que su voluntad, impedía que le abriese el corazón del todo.

Había aprendido bien esa lección. Por mucho que intentara proteger a su hijo, por mucho que hiciera, seguiría estando en manos del destino.

Alex no quería volver a sufrir. De modo que cumpliría con su deber hacia el niño, lo querría, cuidaría de él y rezaría para no sufrir de nuevo.

—¡Ay, por favor!

Alex levantó la mirada. Samantha estaba sacando una prenda de encaje blanco de una caja. Era algo muy pequeño… una braguita. Y cuando la imaginó con ella…

Riendo, levantó su copa y le hizo saber con los ojos que estaba deseando que llegara el momento.

El viaje, de repente, le pareció interminable. Quería llegar a Las Vegas cuanto antes. Quería pronunciar las promesas delante de Dios, de su familia… y de Elvis si hacía falta. Quería terminar lo

antes posible con la ceremonia y empezar la luna de miel.

Quería a Samantha para él solo. En la suite de un hotel. Con un cartel de «no molesten» colgando en la puerta.

Pero mientras tanto, no tenían por qué estar separados.

—¿Te gusta la tarta? —preguntó, tirando de su mano hasta colocarla sobre sus rodillas.

Riendo, Samantha se pasó la puntita de la lengua por los labios.

—Está deliciosa. ¿Quieres un poco?

Quería un poco, sí. Pero de ella.

—¿Lo estás pasando bien? —murmuró Alex, acariciándola por debajo del vestido para disimular.

—Muy bien. Está siendo un viaje muy emocionante.

Le gustaba verla feliz. Él siempre se preocupaba demasiado por todo. Por Gabe, por ella, por el futuro…

Samantha se merecía más de lo que él podía ofrecerle pero, egoístamente, no quería dejarla ir. Gabe la necesitaba. Y él también, cada día más.

Y no sólo por Gabe.

Aunque eso debería asustarlo. Samantha había invadido su vida. Ella hacía que todo fuera más dulce, más fácil, más bonito…

Muy bien, se dijo. De acuerdo. Disfrutaba de su compañía. Disfrutaba hablando con alguien que entendía su trabajo en el instituto, alguien que compartía sus bromas. Eso no significaba que se estuviera ablandando.

Sólo significaba que había hecho un buen trato.

—¿Queda mucho hasta Las Vegas? —preguntó Samantha.

—Un par de horas —contestó Alex, buscando sus labios—. ¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Duerme si quieres —dijo él entonces, apretándola contra su corazón—. Mañana va a ser un día muy largo.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Samantha entró con Gabe en el salón de la *suite* y encontró a Mattie y a la abuela desayunando.

Aquél, se dijo Samantha, iba a ser un día de excesos. Empezando por un buen desayuno repleto de calorías y terminando con una noche de amor.

—Tengo que comprar un vestido de novia y sólo cuatro horas para hacerlo. ¿Alguien quiere venir conmigo?

En realidad, necesitaba de todo: vestido, zapatos, velo, ropa interior…

—Alex ha hecho un itinerario —dijo la abuela—. Después del desayuno, tienes una reunión con el organizador de bodas del hotel.

—¿Qué?

—El organizador de bodas. Es una cosa nueva. Por lo visto, se encargan de todo, desde el vestido hasta la música para la ceremonia.

—¿En serio?

—En serio. Y Alex ha dejado una nota diciendo que no te preocupes por el precio de nada. Quiere que este día sea especial para ti.

—Qué pelota —rió Mattie.

—Matilda Ann —la regañó su abuela.

—Pero es que es un pelota…

—Y a mí me encanta que lo sea —rió Samantha.

—Bueno, niñas, hoy tenemos mucho que hacer —suspiró la abuela—. Después de la reunión con el organizador, tenemos que ir al centro para pedir la licencia de matrimonio. Luego, a comprar el vestido y los accesorios. A las dos, tenemos una cita en el salón de belleza del hotel para peinarnos y maquillarnos…

—Parece que Alex ha pensado en todo —murmuró Mattie.

—Tenemos que dejar a Gabe con los chicos antes de ir de

compras —dijo la abuela, levantándose—. Venga, daos prisa si no queréis que lleguemos tarde. Voy a buscar mi bolso.

—Yo también…

—Espera, Mattie —dijo Samantha entonces—. ¿Quieres ser mi dama de honor?

—Claro, encantada.

—Muchas gracias.

—Por favor… —dijo la abuela, impacientándose.

Samantha también tenía su propia agenda para aquel día. En cuanto aceptó la proposición de Alex fue al médico para pedir que le recetara la píldora, pero el ginecólogo le advirtió que su organismo tardaría algún tiempo en acostumbrarse y que debía usar condones durante el primer mes.

De modo que debía comprar condones en algún momento. Preferiblemente, sin que la abuela se diera cuenta.

Samantha estaba mirando a la novia que posaba frente al espejo en uno de los saloncitos del hotel. Elegante y refinada con un vestido de brocado de seda color crema y un ramo de capullos de rosa del mismo color, parecía sacada de una revista.

Nada llamaba la atención exageradamente. No había volantes, ni encajes, ni lazos. El vestido, sin mangas, era chic, sofisticado, precioso.

Y Samantha no podía creer que ella fuera esa chica. ¿Cómo podía parecer tan tranquila si le temblaban las piernas?

El vestido era lo que la hacía diferente, lo que hacía que se sintiera tan especial.

Nerviosa, se tocó el pelo, preguntándose si debía haberse puesto un velo. Pero no, estaba bien así. Había elegido un moño decorado con una rosa como único ornamento.

Convencer a la abuela y a Mattie de que necesitaba unos minutos a solas había sido muy fácil. El problema era esconder la caja de condones. ¿Dónde podía guardarla? El vestido era de línea recta, de modo que no había escondite posible.

—¿Samantha Dell? —oyó una voz masculina.

—¿Sí?

—Soy Brock Sullivan. Mi abuela me ha dicho que te encontraría aquí.

—¿Brock? —sorprendida, Samantha miró unos ojos de color

azul zafiro, azul Sullivan—. Dios mío… ¿sabe Alex que estás aquí?

—Sí. Llegué hace veinte minutos y le di una sorpresa a todos.

—No me extraña. Encantada de conocerte, Brock. Me alegro de que hayas venido.

—Alex y yo hicimos un pacto hace años para ser el uno el padrino del otro. Por eso quería hablar contigo. ¿Te importa que yo sea el padrino?

—Claro que no —sonrió Samantha—. ¿Por qué iba a importarme?

Brock vaciló un momento.

—Porque fui el padrino de su primera boda.

—Ah, ya. Pero si a Alex le parece bien… Además, habéis hecho un pacto, ¿no?

—Gracias, Samantha.

—¿De dónde vienes, de Sudamérica?

—Sí, más o menos —contestó Brock, sacando una cajita del bolsillo del pantalón—. Rett me ha pedido que te diera esto. Es la alianza de Alex.

Samantha acarició el anillo de platino finamente labrado.

—Es preciosa. Gracias.

—Yo sólo soy el mensajero. Rett es el genio de la familia.

—Sí, es verdad. Pero tú podrías ser mi héroe si me guardas esto hasta el final de la ceremonia —dijo Samantha entonces, dándole la bolsita de plástico que contenía la caja de condones.

Rezaba para que no preguntase qué era pero, por supuesto, Brock era un caballero.

—Claro, cómo no —contestó él, guardándola en el bolsillo—. ¿Puedo acompañarte al salón?

—Gracias —sonrió Samantha.

Bajo la suave sombra de los árboles, en un cenador adornado con hiedra y rosas, con la familia Sullivan como testigo, Samantha y Alex intercambiaron las promesas de matrimonio.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo finalmente el juez de paz —. Puede besar a la novia.

Samantha miró los ojos azules de Alex y, de repente, descubrió algo tremendamente importante: se había enamorado de su marido.

Se había enamorado de su integridad, de su seriedad, de su sentido del deber, del amor que sentía por su familia, incluso de su

testarudez y su pragmatismo.

Nerviosa, contuvo el aliento, esperando que el sentido común le hiciera poner los pies en el suelo. Pero no fue así.

Acababa de casarse con el hombre de su vida. Pero él no la quería.

Samantha sintió angustia y euforia al mismo tiempo. En sus ojos veía afecto, deseo… y decidió concentrarse en lo positivo, en la alegría de la boda, en sus sueños hechos realidad.

Mientras se guardara aquello para sí misma, todo iría bien.

Cuando Alex la besó, rezó en silencio para que todo saliera como habían esperado.

—Señoras y señores, les presento al señor y la señora Sullivan.

Tras el anuncio, Samantha y Alex se volvieron para recibir las felicitaciones de su familia. Él apretaba su cintura posesivamente, como si no quisiera dejarla ir nunca, y Samantha saboreó aquel momento, creyendo casi que sus sueños podrían hacerse realidad.

Gabe, vestido de blanco para la ocasión, se dejaba besar por todo el mundo sin saber muy bien qué estaba pasando. Pero parecía contento, como si supiera que aquélla era una fiesta especial.

—Bienvenida a la familia —sonrió la abuela, estrechándola en sus brazos.

—Gracias —dijo Samantha.

Aquel cariño, aquel calor, eran nuevos para ella. Nuevos y bienvenidos. Había querido mucho a su madre y a su hermana, por supuesto, pero los Sullivan eran especiales.

Medio dormido, pero demasiado excitado como para dormir, Gabe empezó a protestar durante el banquete. Alex lo tomó en brazos y, sin dejar de hablar con su hermano, como si fuera lo más natural del mundo, colocó la cabecita del niño sobre su hombro. Gabe se quedó dormido enseguida para asombro de todos.

Samantha sonrió, encantada, y Alex apretó su mano, contento también. Ese contacto tan simple la unió a él de una forma primitiva, difícil de explicar.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—Entonces, es hora de irnos —le dijo Alex al oído—. Pero no te duermas. Aún queda lo mejor de la noche.

—Estoy bien. Ha sido un día perfecto —sonrió Samantha,

arreglándole la corbata—. Pero estoy dispuesta a quitarme el vestido y a empezar una noche perfecta.

Alex tragó saliva antes de aclararse la garganta para anunciar:

—Samantha y yo queremos daros las gracias a todos por estar con nosotros en este día tan especial. Pero tenemos que dejaros. Y esperamos que lo paséis bien sin nosotros.

Después de decir eso, puso a Gabe en brazos de su abuela y tomó a Samantha de la mano para ir a la *suite*.

Por supuesto, no los dejaron ir de inmediato. Todos querían despedirse y desearles una buena noche… y Brock aprovechó para darle a Samantha la cajita.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir. Era importante para Alex.

—Para mí también.

Por fin, Alex se la llevó. Y cuando entraron en la *suite*, Samantha miró alrededor, entusiasmada.

—Qué maravilla —murmuró, quitándose los zapatos. Sus pies se hundieron en la gruesa y suave alfombra.

Alex se quitó la chaqueta, sonriendo.

—Parece que el hotel se ha encargado del champán —dijo, sirviendo dos copas—. Ah, al fin solos.

—Al fin —sonrió Samantha.

Después de brindar, Alex la tomó por la cintura y buscó sus labios con gesto posesivo. Poniéndose de puntillas, Samantha le echó los brazos alrededor del cuello, disfrutando del calor del cuerpo masculino, de la anticipación de lo que estaba por llegar.

Pero las copas eran un estorbo y cuando fue a dejarlas sobre la mesa, Alex se fijó en la bolsita de plástico.

—¿Qué es?

—Condones.

Él levantó una ceja.

—¿No estabas tomando la píldora?

—Sí, pero el ginecólogo me ha advertido que todavía no es segura al cien por cien. Y supongo que querrás tomar precauciones.

—Sí, claro. Pero ¿por qué te dio Brock la bolsa? He visto cómo te la daba.

Samantha sonrió.

—Tuve que pedirle que me la guardase durante la ceremonia.

No quería comprarlos delante de tu abuela, así que tuve que hacerlo en el último momento… y en este vestido no hay bolsillos.

—¿Brock sabía lo que había dentro?

—No —contestó ella, sorprendida—. ¿Qué pasa, Alex? Brock es mayorcito, supongo que sabrá lo que es un condón.

—Deberías haberme llamado para que la guardase yo.

—No se me ocurrió. Además, no me importa comprar condones. Lo que pasa es que no podía esconderlos en ningún sitio.

—La próxima vez pídemelo a mí —dijo Alex entonces, abrazándola de nuevo, besándola como si quisiera marcarla—. Ven —dijo luego, tomándola por la cintura para llevarla al lado de la cama.

La besaba por todas partes, en el cuello, en la cara, en los labios…

—Alex, no sé si puedo aguantar mucho más.

—No tendrás que hacerlo —suspiró él, desabrochando el vestido —. Estoy deseando tenerte debajo de mí.

—Y yo estoy deseando tenerte encima de mí.

Alex dejó escapar un gruñido de deseo.

—Ahora soy yo el que no puede esperar —murmuró, apretándose contra su espalda.

—Yo creo que lo estás haciendo muy bien.

—Y aún no has visto nada, cariño.

Tuvieron que comprar una segunda caja de condones. Y en dos ocasiones, demasiado frenéticos de deseo, olvidaron los condones y confiaron en que la píldora haría su trabajo.

Samantha rodó sobre la alfombra, buscando aire. Se sentía como una muñeca de trapo, agotada, exhausta. Y absolutamente satisfecha.

A su lado, el cuerpo de Alex brillaba de sudor, su pasión saciada por el momento. Estaba claro que, físicamente, eran más que compatibles.

—No puedo creer que hayamos hecho eso —rió Samantha.

—¿Por qué no? Llevamos haciéndolo todo el fin de semana.

—Lo sé, pero el botones está a punto de llegar. Y nuestro vuelo sale en un par de horas.

—¿Y?

—Que no tenemos tiempo para esto, Alex. Si no empezamos a movernos, el botones lo va a pasar en grande.

Él se colocó encima, aprisionándola con su peso.

—Si tú estás dispuesta, yo también.

—Suéltame, tonto. Tengo que darme una ducha.

Alex se levantó de un salto y le ofreció su mano.

—Gracias. Saldré enseguida.

—Tardaremos menos si nos duchamos juntos, ¿no crees?

—Oh, no. De eso nada —protestó Samantha—. Si nos duchamos juntos tardaremos el doble.

—Lo haremos rápido. Te lo prometo.

—Muy bien. Pero debes comportarte.

—Lo haré, lo haré —rió él, tomándola por la cintura.

Alex se comportó extraordinariamente bien. Cuando se ponía juguetón la volvía loca. Era tan raro que abandonara su sentido de la responsabilidad que no tenía corazón para decirle que no.

¿Y por qué iba a hacerlo?

Había vuelos a San Diego casi cada hora. Si perdían uno, tomarían otro, se dijo. Un par de horas de retraso no significaban nada.

Pero significaban mucho para Alex. Eran un par de horas más de libertad. Sin duda, esas horas eran el mejor regalo que podía hacerle.

Mientras enjabonaba su espalda, Samantha apoyó la cabeza en su hombro.

—Me parece que están llamando a la puerta.

—El botones —dijeron los dos a la vez.

—Puede volver más tarde, ¿no? —sonrió Samantha.

Perdieron el vuelo.

Capítulo 10

Alex tomó a Samantha en brazos para entrar en su casa. No sabía por qué había hecho ese gesto tan romántico cuando el romance no tenía sitio en su relación, pero le pareció apropiado.

Y, con una sonrisa, Samantha agradeció el gesto. Eso fue suficiente para hacerlo feliz.

Pero entonces Alex recordó la primera vez que había llevado a una mujer en brazos a su casa para empezar una vida juntos. Qué diferente fue entonces. Estaba enamorado, sí. Pero había sido una ilusión.

No volvería a cometer los mismos errores. Ahora era más maduro, más sensato. Y la mujer que tenía en sus brazos era como él. Más que amarla, la admiraba y la respetaba. Y una relación basada en el respeto mutuo y en la compañía tenía muchas más posibilidades de funcionar, se dijo.

Y que, además, compartieran una pasión desenfrenada ayudaba mucho.

—Bienvenida a casa, Samantha.

—Al final, no hemos tenido tiempo de ir al casino.

—No, es verdad. Estábamos ocupados con otras cosas. Pero ahora empieza la diversión —sonrió Alex.

—Ah. Pensé que lo habías pasado bien en Las Vegas.

—No lo he pasado mal —bromeó él—. Hola, abuela. Gracias por cuidar de Gabe.

—De nada. Lo he pasado divinamente.

Después de saludar a la abuela de Alex, Samantha fue corriendo a la habitación del niño. Gabe dormía tranquilamente en su cunita, con la jirafa de peluche en la mano.

—¿Qué tal se ha portado?

—Muy bien. No ha dado ninguna guerra —contestó la abuela.

—Gracias por todo, de verdad.

—De nada, en serio. Ha sido estupendo.

—Vamos a pedir una pizza para cenar. ¿Quieres quedarte?

—Oh, no, no. No quiero molestar en vuestra primera noche como una familia.

Alex esperó para ver cómo contestaba Samantha. Eso le mostraría cómo iba a ser su futuro. Siendo el mayor, se tomaba sus responsabilidades familiares muy en serio y esperaba que ella lo entendiese.

—Tú eres nuestra familia —sonrió Samantha—. Así que te quedas a cenar. Después, tengo que ir a mi casa a buscar mis cosas.

—No te preocupes, ya las han traído los de la mudanza.

—¿Qué?

—Se me olvidó decirte que había contratado un camión para traer tus cosas —dijo Alex.

—Pero si no había guardado nada… todo estaba como lo dejé.

—No te preocupes por eso. Los de la mudanza se encargaron de todo. Las cajas están en la habitación de invitados y tus cosas, en un guardamuebles.

—¿En un guardamuebles?

Quizá debería haberlo consultado con ella, pensó Alex al ver su expresión. Pero quería ahorrarle tiempo y preocupaciones.

—No te preocupes, Samantha. Mattie y yo supervisamos la mudanza para que no rompieran nada —dijo la abuela—. Y en todas las cajas hay una etiqueta con el contenido.

—Gracias. No me gustaría perder ningún recuerdo de mi familia.

—Claro que no. Y no te enfades con Alex, lo ha hecho con buena intención. Los hombres no entienden que las mujeres preferimos hacer estas cosas personalmente.

—Si quieres traer alguno de tus muebles, puedes hacerlo —dijo él entonces—. Puedes cambiar todo lo que te apetezca.

Samantha estaba cepillándose el pelo en el cuarto de baño. Llevaba un camisón blanco… transparente en realidad, uno de los regalos de su despedida de soltera. Debería haber salido del baño diez minutos antes, pero sentía un absurdo nerviosismo.

Acostarse con Alex en su casa no era como hacerlo en Las Vegas. Aquello era una luna de miel, alejados de su vida normal, en

territorio neutral.

Pero acostarse con él en su cama era el principio de su vida de casados. Estaba deseándolo, pero la asustaba.

Pasar dos días en un mundo irreal de delicias eróticas le había demostrado que se había estado engañando a sí misma. No podía separar las emociones de su respuesta física y dudaba que pudiera terminar la noche sin delatarse.

De modo que ni siquiera iba a intentarlo.

Se guardaría las palabras de amor, pero viviría una vida de amor. Le daría amor a Alex y Gabe y crearía los cimientos de una familia. Y quizá, sólo quizá, Alex aprendería a amarla.

Le gustó pensar eso. Era absurdo esconder sus sentimientos. Alex tendría que aprender a vivir con su amor. Y también le enseñaría a querer a Gabe.

—¿Samantha? ¿Estás bien?

—No estoy sólo bien, estoy de maravilla —contestó ella, abriendo la puerta.

Alex deslizó la mirada desde su pelo recién peinado hasta las uñas de sus pies, pintadas de rosa. Sin decir una palabra, la apretó contra su pecho buscando su boca.

—Cariño, estás mucho mejor que bien… estás siendo mala.

En las semanas que siguieron a la boda, la vida se convirtió en una deliciosa rutina. Casarse con Samantha era lo más inteligente que había hecho nunca, pensaba Alex.

Gabe había engordado y parecía muy contento. Si Samantha no hubiera querido casarse con él… no sabía lo que habría hecho. Porque realmente estaba muy preocupado por el niño. Y habría hecho lo que fuera para no perderlo.

Su hija había sido parte de su vida durante tan poco tiempo… Al principio le había costado trabajo acostumbrarse a la idea de que iba a ser padre, pero la quiso desde que vio su diminuta figura en la ecografía.

Y después…

Afortunadamente, Samantha había cambiado de opinión. Y la vida era maravillosa.

Le gustaba todo en ella, su sentido del humor, su

responsabilidad… Estando con Samantha se sentía mejor persona. Y, sobre todo, estando con ella los recuerdos amargos desaparecían.

Y Gabe… pasaba mucho tiempo con él, jugaba con el niño siempre que podía. Haría cualquier cosa por él. Cualquier cosa menos entregarle su corazón.

Cualquier cosa menos confiarle su corazón a aquel ser tan frágil, tan vulnerable. Sabía que su miedo no era racional, pero por una vez su instinto de supervivencia fue más fuerte que todo lo demás.

Y seguramente por eso su hijo jamás lo había llamado papá.

En ese momento alguien llamó a la puerta del despacho.

—Hola, guapo —lo saludó Samantha, con Gabe en brazos.

—Hola, preciosa —sonrió Alex, levantándose.

Su mujer llevaba un vestido blanco con florecitas amarillas y parecía tan fresca como por la mañana, recién levantada. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios brillantes, como una niña.

—¿Qué haces aquí?

—Me han dicho que no has comido —sonrió Samantha, mostrándole una bolsa de papel en la que, por el olor, debía de haber hamburguesas—. Te he traído el almuerzo.

—Genial. Estoy muerto de hambre —murmuró Alex, inclinándose para besarla. Pero Gabe, irritado por su falta de atención, le tiró del pelo—. ¡Ay!

—Gabe, no seas malo. Eso no se hace.

Riendo, el niño levantó los bracitos para irse con su padre. No lo llamaba «papá», pero se mostraba cariñoso con Alex.

Después de hacerle cosquillas en la tripita, lo dejó en el suelo, jugando con una pelota de fútbol que, de alguna forma, había aparecido en su despacho.

—Gracias por traerme la comida.

—De nada. Gabe y yo te echamos de menos cuando llegas tarde a casa. Pero ahora que te ha visto se quedará dormido sin protestar.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro que sí. Cuando vuelves tarde a casa me cuesta un mundo meterlo en la cuna.

—Resulta difícil creer que hace apenas un mes tenía que dormirlo dando vueltas en el coche.

—Los niños necesitan una rutina diaria. Si la cambias, reaccionan.

—Entonces, no me echa de menos a mí. Echa de menos a cualquier hombre —suspiró Alex.

—Eso no es verdad —dijo Samantha mirando al niño, que abría y cerraba la manita pidiendo una patata. Ella se la dio y Gabe se la metió entera en la boca—. No, ten cuidado… Come despacito.

Gabe se apoyó entonces en la pata de una silla e intentó levantarse.

—¡Mira, está intentando ponerse de pie!

Consiguió hacerlo durante un segundo… y después se cayó. De inmediato hizo un puchero, pero Samantha empezó a aplaudir y Gabe sonrió, encantado consigo mismo.

—¡Mira, Alex, está intentando caminar!

—Bien hecho, chico. A ver, inténtalo otra vez.

Samantha se levantó del sofá.

—Vamos, Gabe. Ven hacia aquí, ven hacia mamá.

—Mamá —confuso por la repentina atención, el niño agarró la mano de Alex para levantarse.

—¡Muy bien, muy bien! Ven hacia aquí, cariño.

Gabe dio dos pasitos para llegar a Samantha y rió, encantado, cuando ella lo abrazó.

—Ahora, ve hacia papá. Vamos, ve hacia papá.

Encantado con aquel nuevo talento, Gabe movió sus piernecitas de goma hasta llegar a las rodillas de Alex.

A él se le encogió el corazón al ver su carita de alegría, su confianza en que no iba a dejarlo caer.

Nunca había sentido nada igual y se le hizo un nudo en la garganta.

—Ahora que se ha levantado no querrá volver al cochecito.

El juego continuó hasta que sonó el teléfono. Era su secretaria, para recordarle que llegaba tarde a una reunión. Era la primera vez que olvidaba una cita de trabajo, pero había merecido la pena.

—Lo siento, tengo que irme.

—No importa —sonrió Samantha, poniéndose de puntillas para darle un beso—. Y Alex…

—¿Sí?

—No eres una pieza intercambiable en la vida de Gabe. Eres su padre. Y podría llamarte «papá» si tú lo llamaras «hijo».

Alex apretó los dientes.

—Lo intentaré.

Samantha fue a San Diego aquella tarde para comprar una prueba de embarazo. No quería que hubiese ninguna duda antes de decírselo a Alex. Y aunque tener un hijo era su gran deseo, esperaba seriamente estar equivocada.

Porque lo último que Alex necesitaba en aquel momento era otro niño. Añadir otro niño a la ecuación, un niño no deseado además, pondría en peligro el frágil lazo que había entre Gabe y su padre.

Dos horas más tarde, Samantha miraba las tres pruebas de embarazo. En todas decía lo mismo.

Positivo. Positivo. Positivo.

Sólo quedaba la confirmación del ginecólogo para que el veredicto fuese unánime. Pero sabía en su interior, con el instinto de una mujer, que estaba embarazada.

Iba a tener un hijo con Alex. Se sentía bendecida. Y desesperada al mismo tiempo.

¿Cómo iba a decírselo? ¿Y cómo reaccionaría él?

Era la tercera vez en su vida que iba a ser padre sin desearlo. Quizá fuera el destino, pensó.

Nerviosa, tiró las pruebas a la basura y llevó la bolsa al cubo del jardín. No quería que Alex viese los resultados antes de que tuviera oportunidad de darle la noticia.

El viaje a San Diego había retrasado todas sus citas y cuando llegó a casa, Alex estaba haciendo la cena.

Sonriendo, Samantha lo abrazó por detrás y le dio un mordisquito en el cuello. Olía mejor que el pollo que había en el horno.

—Gabe está esperándote. ¿Por qué no vas a darle las buenas noches mientras yo pongo la mesa?

Alex se volvió, con una sonrisa en los labios.

—Emily me ha dicho que la tiene hecha polvo. Por lo visto, no para.

—Él también está agotado, así que será mejor que vayas a darle un beso cuanto antes. Va a dormir como un tronco.

—Al pollo sólo le quedan dos minutos. Sirve dos copas de vino,

vuelvo enseguida —murmuró Alex, buscando sus labios antes de salir de la cocina.

Samantha dejó escapar un suspiro. Nada de vino para ella. Ése sería uno de tantos cambios… Le habría gustado decírselo a Alex, pero sabía que debía esperar hasta estar completamente segura.

—Tenías razón —dijo su marido unos minutos después—. Le he dado un beso de buenas noches, pero ya estaba medio dormido. Esto de que haya empezado a andar es un buen invento.

Mientras cenaban, charlaron sobre lo que habían hecho durante el día. Aquellos ratos compartiendo cosas simples de su vida, unidos a los momentos de pasión, le daban esperanzas de que Alex podría amarla algún día.

Y rezaba para que el niño que estaba esperando los convirtiera en una familia de verdad.

Suspirando, Samantha dejó el tenedor sobre el plato y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Gracias. Estaba riquísimo.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

—Pues yo sé cómo puedes demostrarme tu gratitud —sonrió Alex, con un brillo travieso en los ojos.

—Ni lo pienses. Antes tenemos que lavar los platos.

—Aguafiestas.

—Venga, me ofrezco a fregar los platos mientras tú sacas la basura —sonrió Samantha.

—¡De acuerdo!

Desgraciadamente, cuando salía al jardín para echarla en el cubo, la bolsa se rompió.

—¡Maldita sea!

Alex miró alrededor, buscando algo para recoger la basura sin tener que tocarla con las manos. Al levantar la tapa del cubo vio una bolsa de papel marrón y la vació con la intención de usarla…

Y entonces se quedó helado. Tres pruebas de embarazo. Tres. Y las tres con idéntico resultado.

Se negaba a creer la evidencia, pero…

¿Cómo podía hacerle aquello Samantha?

Furioso, tomó las tres pruebas y entró en la cocina.

—¿Quieres explicarme esto?

Su esperanza de que fuera un malentendido se esfumó al ver que Samantha se quedaba pálida.

—Alex…

—¡Explícamelo!

—Sabía que te llevarías un disgusto, pero…

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Acabo de enterarme, Alex. Pensaba visitar a mi ginecólogo para estar segura del todo.

—Ya estás segura. Tres pruebas y las tres con el mismo resultado. ¿Cuál es el resultado, Samantha?

—Estoy embarazada —contestó ella.

—¿Cómo has podido… como has podido utilizarme de esa forma?

Samantha lo miró, atónita.

—¿Yo? Hacen falta dos personas para concebir un hijo, Alex. Tú estabas conmigo cuando nos arriesgamos durante la luna de miel.

—¿Quieres hacerme creer que ha sido un accidente? ¿Cuántas veces voy a tener que creerme la misma historia?

—No es ninguna historia…

—¿Ah, no? Una mujer desea tener un hijo y lo tiene, aun sabiendo que yo no quiero tenerlo. Es la historia de mi vida.

Samantha se puso muy seria.

—Muy bien. Puedes dejar de compararme con tu mujer y con mi hermana. Yo nunca te haría eso.

—Ya. Porque tú eres sincera y honesta —replicó Alex, sarcástico—. Por eso tardaste cuatro meses en decirme que Gabe era mi hijo. Seguramente lo tenías todo planeado… y yo he sido un idiota.

—¿Qué dices? Te conté que debíamos usar condones. Los dos sabíamos que nos estábamos arriesgando al hacer el amor sin ellos.

Alex se pasó una mano por el pelo.

—No sé qué creer. Sólo tengo tu palabra de que estabas tomando la píldora… ¡Por Dios bendito, debería tatuarme «donante de esperma» en la frente! ¿Y sabes lo que es realmente patético? Que de verdad confiaba en ti, Samantha…

—¿Ah, sí? ¿Sabes una cosa, Alex? Me estoy cansando de tu actitud —replicó ella, indignada. Nadie hablaba así de su hijo—. Tuviste una niñez difícil, ¿y qué? La mía tampoco fue fácil. Al menos, tú tenías a tu abuela para ayudarte… Quizá merecías unos

años de tranquilidad, de pensar sólo en ti mismo, pero eso ya ha pasado. Yo no te he engañado, Alex, y no pienso permitir que me trates así. ¿Te queda claro? Así que acostúmbrate a la idea —añadió, mordiéndose los labios—. ¿Quieres oír algo patético? Un día, no sé exactamente cuándo, pero después de que el juez te diera la custodia de Gabe y antes de nuestra luna de miel, me enamoré de ti. No quiero hacerte daño, como no quiero hacerle daño a Gabe —terminó, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Quieres decirme quién de los dos es más idiota?

Capítulo 11

Samantha guardó sus cosas y las de Gabe en una maleta, sentó al niño en la sillita del coche y arrancó a toda velocidad.

La abuela echó un vistazo a sus lágrimas, al niño y a la maleta y le abrió la puerta de par en par.

—He dejado a Alex —le confesó Samantha.

—Pasa, cielo. Vamos a meter al niño en la cama. Luego te haré un té y podremos hablar con tranquilidad.

Los día siguientes pasaron a toda velocidad, pero Alex no intentó siquiera ponerse en contacto con ella. Aunque Samantha no tenía intención de hablar con él.

Había comprometido su sueño una vez para acabar recibiendo una bofetada. Y se merecía algo mejor. Por ejemplo, que la quisieran, que el padre de su hijo estuviera encantado, tener una casita, un perro…

Otras mujeres tenían esas cosas. ¿Por qué ella no?

La abuela estaba siendo encantadora, sin juzgarla en ningún momento. Samantha sabía que había hablado con Alex por teléfono, de modo que conocía su versión de la historia, pero no intentaba influir de ninguna manera.

Se declaraba neutral.

Incluso intentó convencerla para que se quedara a cenar el domingo por la noche.

—Tú también eres de la familia.

Ya, por eso ni Gabe ni ella habían sabido nada de Alex en tres días. Su silencio era más que elocuente.

—Gracias, pero no me encontraría cómoda. ¿Seguro que no te importa si te dejo a Gabe?

—Gabe es más que bienvenido, cariño.

—Hazme un favor, abuela. No dejes que Alex se aleje del niño.

No dejaría que su marido ignorase a Gabe después de todo lo que había hecho para acercarlos.

—Claro que no. Y me alegro de que aún no te hayas rendido. Alex fue una gran ayuda para mí cuando sus padres murieron, pero le da tanto miedo tener hijos… Debes tener paciencia con él.

—Ya —murmuró Samantha—. Pero no sé cuánta paciencia puedo tener. En los asuntos del corazón, tu nieto es completamente ciego.

La abuela dejó de pelar patatas para mirarla.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver.

—¿Qué quieres decir?

—Que para construir una relación hacen falta dos personas. Alex tiene sus defectos, no lo niego. Pero no sé si algún hombre puede estar a la altura de tu ideal.

Samantha arrugó el ceño. ¿Su ideal? No era ella la que imponía condiciones.

—No te entiendo. Sé que Alex siente que lo han usado. Y es verdad que, por tercera vez, va a tener un hijo sin desearlo…

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Te he oído hablar de tus padres, del amor que se profesaban.

—Esos fueron los mejores momentos de mi vida —murmuró Samantha.

—Son recuerdos de infancia, cariño. Pero, en realidad, no sabes cuál era la relación de tus padres.

—Sé que mi madre nunca encontró un hombre que pudiera reemplazarlo —replicó Samantha, a la defensiva.

—Eso dices. Y lo lamento por ella. Pero me pregunto si sería porque se agarró a un recuerdo. Un recuerdo con el que no podía compararse ningún otro hombre.

Alex estaba jugando al baloncesto como si le fuera la vida en ello.

—Treinta puntos. Gano yo. ¿Quieres que juguemos otra vez?

Doug se apoyó en la pared.

—Ni lo sueñes. ¿No tienes cena en casa de tu abuela?

—Sí, pero me da tiempo —contestó él, mirando el reloj.

—No creo que tu abuela esté de acuerdo.

—Nada de lo que haga la haría feliz. Se ha puesto del lado de Samantha.

—¿Aún no habéis hecho las paces?

—No puedo hacerlo, Doug. Sólo tengo su palabra de que estaba tomando la píldora.

—¿Te estás oyendo a ti mismo? ¿Por qué iba a mentirte?

—Mira, estoy harto de que me usen como donante de esperma…

—Tonterías.

—¿Cómo?

—Así es la vida, chico —suspiró Doug, secándose la cara con una toalla—. Has estudiado suficiente psicología como para saber que cuando no usaste condón durante tu luna de miel, estabas tomando la decisión de tener un hijo.

—Por favor, no me vengas con ésas…

—Míralo. Esa negativa es otra manifestación de tu miedo al compromiso.

—No sabes de qué estás hablando —protestó Alex.

—Sí lo sé. Y sobre todo, sé que jamás te había visto tan feliz como cuando estabas con Samantha. Y que has sido un idiota por dejarla marchar.

Alex detuvo el coche frente a la casa de su abuela. El de Samantha no estaba, comprobó.

Pero seguramente estaría en el garaje, para engañarlo. Y ella estaría dentro, cocinando o poniendo la mesa con su carita de ángel. Esa carita con la que engañaba a todo el mundo.

Su abuela lo había llamado por teléfono en cuanto Samantha fue llorándole a casa:

—¿Por qué has dejado escapar a la mejor persona que habías encontrado en toda tu vida?

La mejor persona que había encontrado en su vida. Ja.

—Dijiste lo mismo de mi primera mujer.

—¿Yo? Yo nunca dije eso de tu primera mujer. Era demasiado egoísta, demasiado frivola. Pero Samantha es otra cosa.

—Lo que ha pasado no es culpa mía…

—Ya, ya. ¿Sabes una cosa? A mí me parece que no es culpa de nadie.

La mejor persona que había encontrado nunca… ¡Bah!, pensó, saliendo del coche. Aunque tampoco él entendía el comportamiento de Samantha. Le resultaba difícil creer que lo había engañado a propósito.

Alex entró en la cocina por la parte de atrás, pero Samantha no estaba allí. Aunque él no estaba buscándola, por supuesto.

—Abuela, ¿cómo estás? ¿Los chicos te han ayudado?

—Samantha me ayudó con la cena antes de marcharse.

—¿No está aquí? —preguntó Alex, aparentemente desinteresado.

—No, no quería molestar.

—¿Adonde ha ido?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no quieres decirlo?

—No puedo decirlo —sonrió su abuela—. Gabe está en el salón, por si te interesa.

—¡Papi! —exclamó el niño al verlo.

Era la primera vez que lo llamaba así, y se le encogió el corazón.

—Hola, cariño —murmuró, tomándolo en brazos. Gabe le echó sus bracitos al cuello y, en ese instante, Alex se enamoró.

Deseando compartir aquel momento miró alrededor buscando a Samantha… antes de recordar que ella no estaba.

Debería estar allí, con él y Gabe. Eran una familia.

Había sido tan idiota, tan arrogante…, se dijo. Los árboles le habían impedido ver el bosque.

Cuando recordó las cosas terribles que le había dicho a su mujer… Su mujer, que estaba esperando un hijo suyo.

Que le había dicho que lo quería.

Y él la había dejado ir.

Apretando a Gabe contra su corazón, reconoció entonces que Samantha era lo mejor que le había pasado en la vida.

Y que tenía que encontrarla para decírselo, para pedirle perdón.

—Abuela, ¿te he dicho últimamente que te quiero?

Su abuela sonrió.

—No es a mí a quien tienes que decírselo.

—Ya lo sé. Y pienso solucionarlo esta misma noche.

Samantha entró en casa a medianoche. Todo estaba a oscuras, pero en cuanto entró en la habitación de Gabe vio que el niño no estaba en su cuna.

—Cole lo ha llevado a casa —oyó entonces la voz de Alex.

Samantha encendió la luz y tiró el bolso sobre la cama, indignada.

—¿Has vuelto a llevártelo?

—No me lo he llevado. Quiero que vuelvas a casa conmigo. Con nosotros —dijo su marido entonces.

—No.

—Siento haberte hecho daño, de verdad.

—¿Qué es lo que sientes, Alex?

—Quiero pedirte perdón por todo… por todo lo que quieras, porque tendrás razón —suspiró él—. He sido un egoísta. Pero esta noche Gabe me ha llamado «papi» y yo…

Alex tenía los ojos llenos de lágrimas y Samantha lo abrazó, sin pensar. Había deseado tanto que llegara aquel momento…

—¿Cuánto tiempo tardarás en hacer la maleta?

—Me siento feliz por ti, Alex, pero no pienso ir contigo —contestó ella.

—¿Por qué no? Me he disculpado…

—Sí, pero no me crees.

—Samantha, vas a tener un hijo mío. Gabe te necesita. Tener una familia es todo lo que siempre habías querido.

—Todo no. También necesito amor.

—Tenemos amor. Tenemos el amor de Gabe…

—Lo siento, Alex —lo interrumpió Samantha—. Pero yo me merezco algo más. Merezco que me quieran por mí misma.

Alex cerró la puerta de su casa tras despedir a Cole, furioso consigo mismo y con Samantha.

¿Cómo podía ser tan egoísta? ¿Cómo podía poner sus necesidades por delante de las de Gabe?

¿No veía que estaba tirando su futuro por la ventana?

Era una egoísta.

Una manipuladora.

Una romántica.
Una loca.
Lo amaba, pero decidía decirle adiós.
Gabe se puso a llorar entonces, quizá contagiado de su propia tensión.
—Mamá.
—Mamá no va a venir, cariño —suspiró Alex—. No quiere estar con nosotros.
Mientras lo decía, se daba cuenta de que no sonaba bien, que no era la verdad.
Samantha quería a Gabe. Lo quería a él. Lo único que deseaba era estar con ellos.
Él era la razón por la que Samantha no estaba allí. Sólo él. Porque no tenía valor para enfrentarse con sus sentimientos.
No sólo era lo mejor que le había pasado en la vida. Estaba enamorado de ella.
Y la necesitaba.
Alex miró a su hijo, suspirando. Había vuelto a estropearlo.
Samantha le había dicho la verdad sobre el niño, como le había dicho la verdad sobre todo.
—Tu madre es más honesta, más íntegra, más generosa que ninguna otra mujer, Gabe. Y haría lo que fuera por recuperarla.
—¿Papi? ¡Mamá!
—Eso es, hijo mío. Voy a hacer todo lo posible, todo lo que esté en mi mano. Mañana mismo iremos a buscarla.

El martes por la tarde, Samantha llegó a la cabaña para cuidar de Gabe mientras Alex iba a una reunión. Se sentía rara yendo allí en aquellas circunstancias, pero no podía decirle que no.
Llamó al timbre, incómoda, pero nadie salió a abrir, de modo que empujó la puerta.
Olía a pollo asado y el estéreo estaba encendido. Qué extraño si Alex iba a salir, pensó. Y más extraños eran los ruidos que llegaban del cuarto de Gabe.
Lo que vio al abrir la puerta hizo que se le encogiera el corazón.
En vaqueros y camiseta, Alex jugaba en el suelo con Gabe… y con un cachorro. Una bolita de pelo blanco.

¡Qué diferente del hombre al que había conocido unos meses antes!, pensó, con un nudo en la garganta.

—¿Alex?

—¡Samantha!

—¡Mamá! —exclamó Gabe, levantando los bracitos—. ¡Perito! —dijo entonces, señalando al cachorro.

—Ya lo he visto, cariño. Es precioso.

Alex tomó una rosa roja de un jarrón y se la ofreció, con una sonrisa en los labios.

—Esto es para ti.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Samantha, recelosa.

En ese momento sonó el móvil de Alex.

—Perdona… ¿Sí? Hola, abuela. No, todo va bien. Gracias por tu ayuda.

Después, colgó, sonriendo de oreja a oreja.

—Alex, no entiendo… ¿No tenías que irte a una reunión?

—No hay ninguna reunión. Es que quería darte una sorpresa —contestó él, acariciándole el pelo—. Y esperaba que pudiéramos hablar.

Samantha se mordió los labios. No quería tener esperanzas, pero…

—¿Y el cachorro?

—Es un símbolo de mi amor por ti.

—¿Me has comprado un perro?

—Sí.

—¿Me quieres? —preguntó Samantha, como una niña ansiosa.

—Con todo mi corazón —contestó su marido.

—Oh, Alex… —exclamó, echándose en sus brazos. Samantha sonrió mientras lo besaba. La quería, la quería. Por sí misma—. ¿Cómo se llama el cachorro?

—Aún no le hemos puesto nombre. Estábamos esperándote.

—Mamá —la llamó Gabe, levantando los bracitos.

—Ven aquí, mi amor —sonrió ella, apretándolo contra su corazón—. ¿Estás seguro de esto, Alex?

—Completamente seguro. Y lamento haber tardado tanto en darme cuenta. Pero Gabe y tú me habéis cambiado la vida. Tanto que… no sé si podré estar a la altura.

—¿Y el niño? —preguntó Samantha entonces, insegura.

—Aparentemente, en nuestra luna de miel decidí que quería tener un hijo. Pero no me di cuenta hasta hace un par de días.

—¿Te das cuenta de que vamos a tener dos niños y un perro? La vida no será pacífica.

—Tú eres mi paz. Mientras te tenga a mi lado, tendré todo lo que necesito —sonrió Alex, abrazándola. Estaban los tres juntos, los cuatro, con la bolita de pelo—. Te quiero, Samantha. Y quiero darte todo lo que has soñado siempre. Quiero vivir el resto de mi vida contigo, con nuestros hijos, con *Bolita*. ¿Aceptas?

—No me imagino nada mejor que pasar el resto de mi vida contigo —contestó Samantha, con los ojos llenos de lágrimas—. Tú eres mejor que un sueño, amor mío. Tú eres real.

Fin